

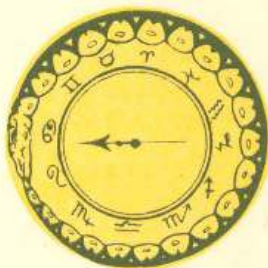
JOSEFINA MAYNADÉ

EL HOROSCOPO DEL MUNDO

LA CLAVE ASTRAL DE LA HISTORIA
Y LA ERA DE ACUARIO QUE COMIENZA

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

VOLUMEN Nº 1



B. COSTA-AMIC, EDITOR
MÉXICO, D. F.



LA ASTROLOGIA CICLICA se basa en el inmenso reloj celeste de la precesión de los equinoccios, esta aguja de lento curso del Sol a través del Zodíaco y que señala el curso de la Historia, las fechas de sus civilizaciones, su lección y significado, sus orígenes, su desenvolvimiento, sus auges y sus decadencias, sus tras-pasos y sus crisis.

Según esa aguja solar, se inaugura actualmente para el mundo una nueva Era, un nuevo ciclo de civilización, regido por el signo zodiacal de Acuario.

Al comienzo de un gran Ciclo de Rueda, de 25,920 años, al marcar el Sol los signos iniciales de Leo y Cáncer (Padre y Madre del Zodíaco) ocurren siempre en el mundo, para su purificación y renacimiento, terribles conmociones geológicas. La última, que inauguró nuestro gran Ciclo o Año Heliacal acaeció hace unos 12,000 años con el hundimiento del Continente Atlante. Entonces tuvo lugar la fundación de Egipto por los Maestros de ella evadidos y poco después la de las siete grandes civilizaciones mediterráneas.

A partir de aquellas lejanas fechas, han transcurrido cinco ciclos de signo zodiacal, presidiendo cada uno por Avatares o Encarnaciones Divinas. Cada una de tales civilizaciones, lleva impresa el sello sideral de cada constelación.

Cada una de esas obras que siguen a la clave interpretativa: **La Clave Astral de la Historia**, **Asuramaya** (El Gran Astrólogo Atlante), **Faraonas y Sacerdotisas del Antiguo Matriarcado Egipto** y **Moisés**, uno de los dos grandes Avatares que presidieron el nacimiento de la civilización occidental en el Ciclo Ario o del Corredero, otorga una experiencia nueva al lector consciente, de gran poder formativo, que aclara el significado de la vida y la trayectoria de la humanidad.

La obra y trayectoria de Josefina Maynadé son conocidas en muchos sectores de América. Especialista en astronomía cíclica, ha viajado en peregrinaje a los lugares de origen, cuya ambientación ha sabido plasmar en sus biografías.

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 México 1, D. F.

Rodan-

2-69 -

EL HORÓSCOPO DEL MUNDO

«COLECCIÓN ASTROLOGÍA CÍCLICA»

DIRIGIDA POR
JOSEFINA MAYNADÉ

TÍTULOS PUBLICADOS:

- EL HORÓSCOPO DEL MUNDO (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza).
- ASURAMAYA (El Gran Astrólogo Atlante) Con el hundimiento y tragedia de la Atlántida.
- FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO (A partir de su fundación por los grandes Reyes Divinos).
- MOISÉS (Su adopción, con estudios e Iniciación en Heliópolis. Mentor del pueblo de Israel. Avatar del mundo occidental).

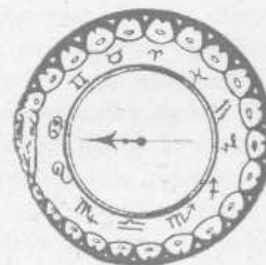
JOSEFINA MAYNADÉ

EL HORÓSCOPO DEL MUNDO

LA CLAVE ASTRAL DE LA HISTORIA
Y LA ERA DE ACUARIO QUE COMIENZA

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

VOLUMEN I



B. COSTA-AMIC, *Editor*
CALLE MESONES, NÚM. 14
MÉXICO (1), D. F.

DERECHOS RESERVADOS © 1965 POR EL AUTOR
PRIMERA EDICIÓN AÑO DE 1965

PRÓLOGO Y JUSTIFICACIÓN

LA HISTORIA de los pueblos se describe, desde la más remota antigüedad, en el Zodíaco. Todas las cronologías del mundo, la tónica de sus diversas civilizaciones y de sus razas, sus fundamentos, sus empalmes, sus auges, sus cimas y decadencias, sus definidas características, en fin, se estudian profunda y maravillosamente a través de esa clave cósmica de la "Precesión de los Equinoccios" el lento movimiento del Sol, en sentido inverso al recorrido durante el año, por el gran disco zodiacal.

¡Cuántas prodigiosas enseñanzas se derivan del estudio atento de esas fases zodiacales a la luz de la clave astronómico-astrológica! Echaremos de ver el proceso evolutivo de la humanidad y las numerosas sintonías entre épocas, pueblos y razas y el influjo y simbolismo del signo zodiacal dominante.

Comprobar este hecho es una de las mayores compensaciones que se deparan al observador que imparcialmente, con ánimo consagrado a la investigación se traslada a los lugares y a las épocas, y se incorpora el fruto de las pasadas, presentes y aun futuras transformaciones del mundo y de la humanidad.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR / MESONES, 14
MÉXICO (1), D. F.

Esta forma de interpretación no es ningún secreto para los astrólogos que no se limitan a una trivial lectura de circunstancias de los acontecimientos del mundo, a base de mapas en los que juegan las configuraciones planetarias y zodiacales del momento electo.

Pero lo más importante para nosotros, lo más útil es alcanzar el secreto de lo inédito, ahondar otros significados, buscar las raíces de la voluntad divina en la filosofía trascendente de la Historia, así en lo negativo como en los alcances de tipo positivo. Y sobre todo, sin considerar los hechos como acontecimientos aislados, temporales y concretos, sino como fruto experimental de la conciencia humana, como enriquecimiento interior, como dato contribuyente a los altos destinos del mundo y del hombre.

De acuerdo con esta clave astrológica-astronómica, el estudio en profundidad de nuestros tiempos de crisis y de traspaso cíclico que estamos viviendo, de encrucijada entre dos Eras zodiacales, —la de Piscis que muere y la de Acuario que nace—, puede contribuir en gran medida a la superación de las características decadentes del signo que acaba y al estímulo de las vigorosas y prometedoras del que amanece. Porque es un hecho de todos comprobado que atravesamos momentos de gran peligro y responsabilidad, de revulsión y de caos en los que es preciso tener conciencia del significado de la hora que vivimos. Y esto no se puede lograr si no levantamos la mirada al Universo del que formamos parte, cuyas fuerzas confluyen ahora sobre nuestro planeta en trance de muerte y resurrección.

Poco a poco, gradualmente y a medida que conozcamos el proceso, la humanidad irá superando el período de crisis inherente siempre a la fusión de dos signos zodiacales cuya resultante a todos afecta. Todo consiste en discriminar alto, en liberarnos de un pa-

sado inoperante, lo que implica sintonizarnos a fondo con las predominantes zodiacales de la Era nueva que se inicia.

A medida que el tiempo avance, iremos entrando de lleno en el cada vez más caudaloso fluir de la corriente astral acuariana, gozando de sus mayores dádivas. Se irá clarificando la envoltura mental del mundo y el Agua de Vida derramada del ánfora del Aguador Celeste, transformará nuestro concepto de las cosas y advendrá una mayor comprensión de los atributos creadores del signo liberador en el que entramos. Ya que Acuario es signo de independencia, de autodisciplina, de desenvolvimiento bajo el lema de la armonía y la integralidad de formación de las nuevas generaciones acuarianas. La apasionada búsqueda, la investigación, los sensacionales descubrimientos, requerirán un aporte individual de pareja envergadura. Y esa sintonización, esa puesta en forma del hombre y de la mujer nuevos, no se puede lograr sin el conocimiento previo del proceso y significado de esta hora cíclica de transición, de esa etapa gloriosa y difícil del traspaso.

La adquisición de la conciencia liberadora, la hondura, la ecuanimidad, los valores incondicionados del espíritu, el vencimiento del odio, la superación del egoísmo individual y su extensión al de familia, de clan; el derrocamiento de las fronteras de clase, de raza, de país, de creencia; la inhibición de ese pecado común del trabajo embrutecedor, la necesidad del silencio, el ajuste de capacidades y condiciones al medio, la inversión responsable del tiempo, —el oro de Dios— el derecho, en fin, a la felicidad, serán las características esenciales del ciclo que comienza.

En cuanto a su naturaleza astrológica, Acuario es signo de aire, supermental. Sus pronósticos formativos hacen vibrar, por la ley de las correspondencias

zodiacales, los otros dos signos de aire: Géminis y Libra. Como resultado, experimentaremos ya, sin que dejemos de considerar sus posibles peligros, un predominio de lo científico, un auge sensible en cuanto a las conquistas espaciales, la astronáutica, la electrónica, la cibernética, las múltiples, insospechadas derivaciones de las radiaciones físico-químicas, la medicina psico-somática, de tan amplísimos ámbitos, los avances de la sociología en otro orden, todo a base de una norma, declarada o no, de progreso colectivo, de unidad, de universalidad. Y llegará un día, a no tardar, en que esos mismos avances científicos pondrán al alcance de los hombres numerosos manantiales de energía solar, de dádivas planetarias. Los misterios del seno de la Tierra se abrirán con sus riquezas y poderes innumerables. Mas sobre todo, por su afinidad con la tónica acuariana, cuanto se relacione con el aire y los poderes espaciales constituirá el fundamento de los sorprendentes inventos de los años próximos. Los descubrimientos atómicos son ya, aparentemente, la promesa máxima al respecto. Pero pensemos siempre que es significativo que el propio Einstein, el gran científico que con sus teorías hizo posible el descubrimiento del poder atómico, diera al mundo, antes de morir, su postrer mensaje con estas proféticas palabras: "El poder desencadenado del átomo todo lo ha transformado, excepto nuestras maneras de pensar". Expresión que aparece como un poderoso clamor subjetivo de toda la humanidad y a la par, como una llamada a la transformación del pensamiento y del hombre interno, único modo de afrontar con éxito el aumento de conocimientos y poderes inherentes al ciclo acuariano que iniciamos.

La zozobra actual del mundo, la inadecuación de sus instituciones, las torceduras de su moral, el desequilibrio de los conglomerados sociales —la elefan-

tiasis nociva, insostenible, de las ciudades— el materialismo ambiente, las desorbitaciones, la descomposición, la angustia y la tristeza, debidos son, en gran parte, a la desvinculación nuestra de los imperativos estelares.

Hemos olvidado, en suma, que el tiempo debe servir a la eternidad. Según los antiguos sabios astrólogos, sólo puede servir eficazmente a su tiempo el que se ha adueñado del "círculo de la eternidad", cuyo misterio y prerrogativas entraña el Zodíaco. De este modo nos hallaremos dispuestos a afrontar el gran cambio sintonizándonos con los imperativos del ciclo que comienza.

Cita el astrólogo Le Cour que un gran místico y astrólogo del siglo XVII, Robert Fludd predijo para la hora presente de predominio espiritual de Leo, el León Solar, "una renovación total del mundo y la unión con el Universo bajo el reinado de la eternidad del que será barrida la injusticia".

Aspiramos a que este librito síntesis, al otorgar las claves vivientes de la Astrología Cíclica, estudio fundamental de las leyes cósmicas de la Vida, pueda contribuir al advenimiento de un mundo mejor.

J. M.

EL HOROSCOPO DEL MUNDO

*LA CLAVE ASTRAL DE LA HISTORIA
Y LA ERA DE ACUARIO QUE COMIENZA*

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

CAPÍTULO I

EL GRAN RELOJ DE LA HISTORIA

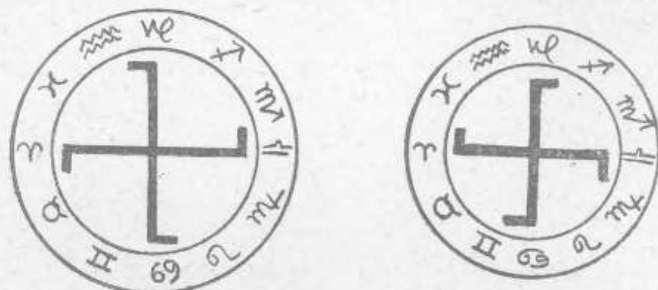
LA PRECESIÓN DE LOS EQUINOCCIOS

Si la astrología judiciaria —en sus modalidades individuales, de nacimiento y progresiones, la horaria, la mundana, etc.— se fundamenta en el llamado zodíaco fijo o arquetípico, la otra astrología —la que nos ocupa, denominada cíclica o histórica— se basa en el zodíaco móvil o astronómico.

La marcha determinante en torno al zodíaco fijo y el móvil, es inversa.

En el primero, los pies de la cruz cardinal, simbolizada en la cruz andante o *esvástica*, va de izquierda a derecha, siguiendo el orden usual de los signos del zodíaco y que recorre el Sol durante el año de doce meses, tardando, por tanto un mes en recorrer cada signo. Esta cruz andante señala no sólo el paso de los meses, sino las cuatro oleadas de vida de las estaciones: la primavera, el verano, el otoño y el invierno.

En el segundo, el movimiento del Sol es de retroceso y lentísimo, precesional, tardando el Sol en recorrer la rueda del zodíaco casi 26,000 años. Al recorrido completo se le llama Gran Año Heliacal. La cruz *esvástica* o andante aparece aquí determinada con los pies vueltos en sentido contrario, hacia la derecha, siguiendo el movimiento de las agujas del reloj:



Pero, si bien esta última modalidad aparece más verídica o científica por este hecho, por basarse en el zodiaco temporal o movable, algunos han objetado en contra su condición de considerar la Tierra como centro del Universo.

Este es el error. Es como si al considerar un médico el órgano interesado a estudiar en un organismo humano, le achacaran su creencia de que aquel órgano constituía la porción fundamental del cuerpo.

Ciertamente, el estudio especificado, sea de un cuerpo humano o telúrico, siempre tomará por base la parte sensible y esencial en que fundamentarse, el punto de apoyo en que tomar pie para el respectivo estudio. Así, si un astrólogo levanta un mapa celeste de un punto dado de nuestro planeta o de un individuo o un acontecimiento ocurrido en determinada latitud y longitud de la Tierra, forzosamente tomará a ésta por centro y punto de referencia. De ahí que todos los astrólogos, desde la más remota antigüedad, hayan tomado por punto central del Universo, la Tierra en que vivimos. Mas sólo para realizar sus estudios de erección de temas estelares y de astrológicas interpretaciones. Porque, desde los egipcios hasta Hiparco y Pitágoras, pasando por el padre de la Astrología moderna, el gran Tolomeo alejandrino, todos sabían y enseñaban que era el Sol

el centro de nuestro Universo y que la Tierra, como los demás planetas, daban vueltas a su alrededor.

Así pues, sentaremos por principio de este estudio astrológico que abordamos, que la Astrología Cíclica o Histórica, se fundamenta en el Zodiaco Móvil, considerando siempre a la Tierra o la parte de la Tierra en que gravita el estudio específico, el centro hipotético o convencional del Universo.

El denominado gran Año Heliacal, que comprende la vuelta completa del Sol en el Zodiaco de las constelaciones —en oposición al de los signos fijos— determinado por la lenta retrogradación del Sol, tomando por hito el paso de los equinoccios primaverales, es de cerca de 26,000 años, exactamente 25,920. La fracción de tal período de tiempo correspondiente a cada una de las doce constelaciones o signos es de 2,160 años. De acuerdo con tales cálculos de tiempo tarda el Sol en recorrer un solo grado de la circunferencia zodiacal de 360 grados, 72 años.

De acuerdo con la cronología del Zodiaco móvil, al iniciarse la primavera, el Sol, en realidad, no entra en el signo de Aries, sino que roza, en su lentísimo movimiento de retrogradación, el signo o constelación de Acuario.

¿Por qué la determinación cronológica de los años siderales comienza en el equinoccio de la primavera?

Desde los orígenes de las civilizaciones, el año verdadero, así del hombre como de la tierra, ha comenzado con la oleada de vida renovadora de la primavera, cuando los campos se cubren de verdor, los pájaros trinan de alegría en sus nuevos nidos, los insectos entonan sus melodías al Sol, los vientos vitalizantes transportan las simientes invisibles, hiénchense los tallos tiernos de los árboles y las flores

exornan campos y montes, enjoyando la tierra con sus mil colores y aromas.

Asimismo, al comenzar la primavera, los hombres participan de ese despertar misterioso de la vida terrestre. Sienten que se acelera su pulso, que la sangre corre más flúida por sus venas, y miran con alegría el Sol alzado y se bañan en su luz, en tanto sus invisibles rayos le transmiten el doble significado de su influjo solar y zodiacal.

Ese inicio del año astrológico —primero de los cuatro brazos de la cruz celeste inscrita en el círculo zodiacal— es un reflejo del significado biológico y espiritual emanado de las vibraciones celestes del Sol a través del tamiz misterioso del Zodíaco y de sus doce representaciones simbólicas.

En la lectura del paso en retrogradación del Sol por los signos del Zodíaco móvil se contiene la clave del pasado, del presente y del porvenir.

Esa aguja inmensa es como el índice temporal, el compás del pulso de nuestro planeta que señala la imprimación espiritual y material de la vida de las civilizaciones y la tónica de las humanidades que en él viven y evolucionan, desde el origen de los tiempos.

Cada 25,920 años, el ecuador terrestre, de acuerdo con la inclinación del eje de la Tierra, da una vuelta completa al inmenso disco del zodíaco, el gran reloj de las eternidades. Esta espina dorsal magnética de nuestro globo terráqueo es la que atrae los distintos influjos celestes y los desparrama por su gran cuerpo planetario, sensible a las corrientes universales, ya que todo se corresponde formando una unidad indisoluble en el Universo manifestado. Los griegos llamaban a ese eje magnético el "Sello de Rea", la diosa *Abuela del Mundo*. Ya que Rea significaba, en mitosofía, el doble femenino de Cronos, el Tiempo Infinito.

Según esa determinante cronología espacial, una rotación completa de la Tierra en torno al disco zodiacal de doce signos o constelaciones, determina un Gran Ciclo de vida sideral para la Tierra, lo que los hindúes llaman un *manvantara*.

La explicación filosófica y esotérica de tales grandes ciclos o ruedas emana, según Platón, del "Modelo Divino", el "Cósmico Arquetipo". Dice en su Diálogo "El Timeo": "Así como en ese Modelo se halla un Viviente Eterno, así en la medida posible se esforzó, él, en otorgar esa eternidad a todo cuanto participa de su naturaleza y se ha adaptado enteramente al mundo engendrado. El ha hecho de la eternidad inmóvil, esa imagen eterna que progresa siguiendo la Ley de los Números, eso que llamamos el Tiempo. Cuando los aplicamos fuera de ese sentido de la substancia eterna, es que ignoramos su naturaleza".

Símbolo de esa rueda cíclica que participa de las esencias del Cósmico Arquetipo y de la eternidad devenida tiempo evolucionante, es la serpiente de sabiduría mordiéndose la cola. La continuidad de esa rueda, de esa serpiente enlazada en sí misma denota que todo conserva sus características esenciales, especialmente las llamadas "constantes cíclicas".

No se trata sin embargo del "eterno retorno" nietzscheano. En realidad, nada se repite. Aunque la óptica física y mental, limitada a un punto de visibilidad o referencia pueda ofrecer de cualquier movimiento estelar, una curva cerrada, una visión superior y amplísima abarcando el conjunto, dará a conocer un proceso en espiral, índice de la evolución.

Cada punto de retorno dentro del círculo evolutivo se manifestará, por tanto, dentro de un ángulo de progresión distinto, más abierto, más hondo. Es la Ley de Aquel que concibió la vida como un proceso de crecimiento sin fin.

CAPÍTULO II

ORÍGENES DE NUESTRA ACTUAL RUEDA CÍCLICA

LA TRADICIÓN NOS VIENE DE LA ATLÁNTIDA

En el "Timeo", el más profundo y esotérico de los Diálogos platónicos, se cuenta que, en su estancia en el Templo de Sais, le dijo a Solón el viejo hierofante: "Los hombres (las humanidades) han sido destruidas y lo serán de múltiples maneras. Por el fuego y por el agua han tenido lugar las más graves destrucciones. Pero ha habido otras de menor importancia, de diversas formas... Los dioses purifican la Tierra sumergiéndola en las aguas. Todo cuanto de ella se ha dicho entre vosotros, aquí y en otros lugares, doquiera, demuestra que ha tenido lugar algo grande, bello y excepcional. Todo ello se halla escrito aquí, desde la antigüedad, en los Templos, para salvar su memoria. Por intervalos regulares, las ondas celestes nos cubren... Así nos rejuvenecemos, aun ignorando lo que ocurrió en pasadas edades. Tú me hablas de un solo diluvio terrestre, cuando ha habido muchos anteriormente... Todo nace necesariamente por la acción de una causa".

A través de una expresión un poco velada, se refiere Platón en este Diálogo y en el "Critias" a la tradición egipcia de la Atlántida, a su hundimiento en el período de traspaso de la última gran rueda cíclica, cuando el Sol, por precesión, atravesaba en el equinoccio de primavera, los signos de Leo y Cán-

cer, tronos respectivamente del Sol y la Luna, Padre y Madre del zodiaco.

El sacerdote de Sais, en posesión de esa alta ciencia de los astros, explica al visitante griego las leyes siderales de los grandes y pequeños ciclos históricos, las oleadas de vida que crean las civilizaciones —su auge, su culminación, su declive y su derrumbamiento—.

La cola de la serpiente enroscada es el fin enlazado con el inicio, la cabeza. Y siendo la Luna reflejo de la luz del Sol y transmisora de su magnetismo y detector de todas las fuerzas siderales del Universo, ambos forman el broche del gran círculo de doce signos o constelaciones zodiacales, las doce horas de una eternidad manvantárica.

Hallándonos en la actualidad, de acuerdo con esa cronología, iniciando el signo de Acuario de la nueva Era, ello supone que hace aproximadamente once mil años tuvo lugar la gran conmoción telúrica que sella el fin de un gran ciclo de vida para las razas humanas y se inicia otro. Durante ese período, pues, tuvo lugar el hundimiento de la última porción del gran continente atlante, la Isla de Poseidonis, relatada por Platón. En la parte más elevada de esa Isla de Poseidonis descrita por el filósofo griego, brillaba el Gran Templo del Sol, rutilante de metales preciosos y a sus pies, la gran ciudad “de las Puertas de Oro”. La humanidad de esa última Isla de Poseidonis, constituida por 64.000.000 de almas, era muy inteligente, refinada y vivía en un estado de avanzada civilización. De ello da fe Platón *no como leyenda, sino como verdad histórica*. De cuyo acontecimiento da las concordantes fechas, confirmadas por otro lado por Manethon, el historiador egipcio de la época tolemaica y anteriormente por Herodoto, correlacionándose con tales acontecimientos y fechas otros filósofos, historiadores y astrólogos.

A tales preciosos datos se ha sumado en la época moderna la arqueología y ciertos descubrimientos efectuados por Heinrich Schlieman, el descubridor de Troya y de Micenas, que puso sobre la pista de la existencia de la Atlántida a su nieto, el también famoso arqueólogo Paul Schlieman quien, investigando por consejo de su abuelo las posibles confirmaciones de los datos conseguidos por su ilustre antecesor, halló en una tumba egipcia de las primeras dinastías, una inscripción en un raro metal y unas cerámicas que atestiguaban proceder, como otras exactamente iguales encontradas por el abuelo en Micenas y en Troya, del “Rey Cronos de la Atlántida”.

Sus ardientes pesquisas encontraron otra confirmación en los archivos de un templo budista del Tíbet, notabilísima inscripción caldea, antigua de más de 2,000 años A.C. que decía así: “Cuando la estrella Bal cayó en el lugar donde ahora sólo hay mar y cielo, las Siete Ciudades con sus Puertas de Oro y Templos transparentes temblaron y se estremecieron como las hojas de un árbol movidas por la tormenta. Y he aquí que una oleada de fuego y humo se elevó de los Palacios y los gritos de agonía de la multitud llenaban al aire... El sacerdote Ra-Mu se presentó y díjoles: “¿No os predije ya ésto? Y todos los habitantes, ornados de joyas y riquezas, exclamaban: “Mu, ¡sálvanos!...” Y la tierra se hizo pedazos y se sumergió con todos sus habitantes en el abismo...”

Paul Schlieman comentó, a propósito de esos descubrimientos: “En México hallé medallas muy parecidas, del mismo metal que la de Issarlik (el monte donde se hallaba emplazada la antigua Troya, descubierta por su abuelo). En el Museo Británico se halla la famosa colección de Le Plongeon sobre El Manuscrito Troano. Este papiro maya procedente del Yucatán, confirmado por otras tabletas e inscripcio-

nes, reza así: "En el año de *Kan* del *Muluc* décimo primero del mes de *Zac*, hubo un espantoso temblor de tierra que duró, sin interrupción, hasta el trece de *Cheun*. El "País de las colinas de Tierras del País de Mu, fue sacrificado. Alzado por dos veces, desapareció en una noche tras haber estado sufriendo sacudidas constantes como consecuencia de los fuegos subterráneos. Ello causó el alzamiento de las tierras varias veces. Hasta que por fin, la superficie cedió y diez países o tribus fueron tragadas por el mar y dispersadas. Se hundieron con sus 64.000.000 de habitantes ocho mil sesenta años antes que este documento fuera escrito".

Este relato lo corroboró Hernán Cortés y sobre él interrogó a los sacerdotes aztecas de Moctezuma. Ellos le dijeron que se refería a la Tierra Madre, la Atlántida, *situada al este*.

Es curiosísimo comprobar que esos dos relatos, originarios de puntos tan alejados de la tierra y de tan remotas épocas, coincidan con el relato de Platón. ¿Cómo llegó a conocimiento del filósofo griego la raíz de la palabra Atlántida, *atl*, no griega, sino maya-tolteca? Este es uno de los misterios que sólo puede aclarar la Astrología y ese enlace de los ciclos históricos mencionado por el mismo Platón.

Ello se halla confirmado por los paleontólogos cuando dicen que "una tercera parte del lenguaje maya es puro griego (La Plongeon) y trece letras del maya son jeroglíficos egipcios". Parece inferirse de ese hecho que el más antiguo idioma conocido era el egipcio-atlante, ya que Egipto fue en realidad una antigua colonia atlante y ello tuvo lugar en el período de traspaso de la última gran Era de ciclo zodiacal.

Paul Schlieman lo confirma con estas palabras: "La religión de Egipto era la adoración del Sol, Ra. Lo mismo los mayas centro-americanos que adora-

ban al Sol, Ra-Na, como los peruanos. Mis estudios arqueológicos en todas las naciones, acusan el proceso naciente, ascendente, culminante, decadente, de las civilizaciones, menos en Egipto. No existe un Egipto antiguo, tosco y salvaje de una raza bárbara, sino poder y alta sabiduría en los orígenes egipcios y americanos; construían en forma parecida, había grandes similitudes en símbolos y escrituras y la moral y el gobierno eran semejantes".

El nieto del gran Schlieman, junto con numerosos, destacados geólogos, averiguaron el fondo volcánico y acoplado a las costas este atlánticas, los sumergimientos, sus alturas y sus valles.

Indudablemente, se aproxima el día en que la ciencia podrá no sólo confirmar todos esos curiosísimos datos y descubrimientos efectuados ya sobre la existencia verdadera de la Atlántida y las fechas precisas de su hundimiento, sino verificar a través de medios todavía ignotos pero ya previstos, multitud de curiosas aportaciones fidedignas al respecto, lo que abrirá horizontes amplísimos a la historia de la humanidad y al acervo de sus experiencias, valiosísimas para el porvenir.

CAPÍTULO III

LOS SIETE RETOÑOS KEMITA-ATLANTES

LAS CIVILIZACIONES MEDITERRÁNEAS

A orillas del Mediterráneo se gestaron en épocas remotas, desde la llegada de los atlantes al Africa nororiental, en torno a las fechas postdiluvianas, los pueblos gérmenes y las estructuras de sus peculiares organizaciones con sus características raciales y civilizaciones correspondientes. Tal era el mandato de los Padres Celestes. A través de la Ciencia de los Astros y según marcaba la aguja precesional del Sol la hora cíclica en el reloj universal del zodíaco, aquellos primitivos colonizadores atlantes enviaron a sus preparados emisarios raciales a los lugares previstos por su ciencia aleccionándolos con miras a su misión civilizadora futura.

Una vez llevada a feliz término la arriesgada y accidentada aventura del éxodo de los atlantes a las Tierras Puras de Khemí,¹ su previsto objetivo, tuvo lugar a poco la anunciada conmoción cíclica que finalizó con el hundimiento de la gran Isla de Poseidonis, la última porción del gran continente atlante.

Aquellas tremendas sacudidas sísmicas conmocionaron todo el orbe. Las tierras retemblaron, se transformaron las orografías, cambió el perímetro de

¹ Remitimos al lector al relato de la misma autora (Editorial Costa-Amic) bajo el título *Asuramaya, El Gran Astrólogo Atlante*.

las orillas, se izaron islas, desaparecieron otras, se inclinaron las llanuras, corrieron los mares aflorando sus sirtes y sus lechos, nacieron ríos, torcieron otros sus habituales cauces e invadió la mitad de la tierra un inmenso estremecedor diluvio que inundó, para un dilatado período de tiempo, las tierras bajas, lavándolas, fecundándolas para el futuro, transformando la vida toda del planeta.

Los colonizadores egipcios, que habían instalado sus primeros nomos o núcleos habitados en las zonas más elevadas de las Tierras de Khemí, próximas al mar Mediterráneo, se salvaron de la inundación. Y al surgir al fin los primeros soles sobre la tierra purificada y transformada, pensaron en la necesidad de llevar más allá de aquella circunscripción prevista en las tierras del desembarco, su cíclica semilla.

La conciencia de su alta misión se derivaba de su profundo conocimiento de los dictados siderales. Y de acuerdo con la técnica de los ciclos futuros, iniciado el gran año heliacal de la resurrección del mundo, pensaron sin duda en su obra de irradiación civilizadora. Prepararon al efecto a los más aptos y regularon la dispersión radial en torno a las orillas y tierras mediterráneas, llamadas a desempeñar en el futuro, la más destacada obra estructural del gran ciclo iniciado.

Herederas directas de la colonia atlante de Egipto, fueron cronológicamente, las posteriores civilizaciones próximas al Mediterráneo, cuna de los esplendores del gran ciclo. Esas destacadas civilizaciones mediterráneas fueron Creta, Etruria, Persia, Caldea, Tartesos, Judea y Grecia, que ofrecieron a la historia eterna inmensos caudales de obras de belleza y de sabiduría, formas inéditas de matiz racial, costumbres y características históricas que les alzaron, sucesivamente, a pueblos conquistadores, con objeto

de que diseminaran todas sus conquistas y sus artes por el mundo antiguo.

Así florecieron las semillas atlantes y recogió la experiencia del mundo la cosecha propicia en la hora cíclica prevista.

Su vinculación al decreto de los ciclos zodiacales, les imprimió tónicas originales que fueron enriqueciendo el acervo cultural de la humanidad hasta nuestros días. Toda experiencia ha quedado asimilada en la memoria de los pueblos y en la gran conciencia del mundo.

Todas aquellas destacadas civilizaciones, originadas en el tronco común —la Atlántida— dio a la historia ejemplos únicos de perfección en los períodos de crecimiento y de auge. Después, con el tiempo —es ley de la vida en todas sus manifestaciones— las primeras oleadas de vida culminan y viene el decrecer de las civilizaciones. La lenta relajación moral, el materialismo y la codicia ponen en peligro la prosecución del ejemplo histórico de los orígenes. Entonces viene otra oleada de vida cíclica que otorga la preeminencia a otro pueblo preparado para realizar su histórica misión.

Entre una y otra de tales civilizaciones cíclicas —entre el decrecer del ciclo cumplido y la manifestación potente del que se inicia—, media un período, más o menos dilatado, de crisis, de caos. Una vez superado y trascendido por el imperativo de la vida renovada, nace una nueva era presidida por el lema zodiacal propio del mismo modo que las que le precedieron animando y enriqueciendo así los archivos experimentales de la humanidad.

Estudiar y seguir esas sucesivas oleadas de vida con la clave de la precesión solar en los equinoccios, sus características, el aporte de los signos complementarios, su aportación y sus sintonías dentro del gran plan de la evolución humana en nuestro plane-

ta, es a nuestro ver una de las cosas más apasionantes e instructivas y que más enriquecen esa tónica actual tan acuariana, tan característica de la era que nace: las facultades creadoras y la intuición. Porque esas auténticas, repetidas primaveras del mundo y el espíritu que las anima, se hallan vinculadas a nuestro presente y entroncadas con el porvenir. Cada uno de nosotros es su vínculo viviente y al mismo tiempo, su puente, su conciencia rediviva. Y es una de las más útiles formas de aprovechar la experiencia de las edades facilitando el desenvolvimiento de los individuos y de los pueblos, ya que la tónica del internacionalismo que predomina actualmente, hace que sean compartidas todas las experiencias y comunes sus dádivas.

CAPÍTULO IV

CÁNCER - CAPRICORNIO Y GÉMINIS -
SAGITARIO



SIGNOS INICIALES DE DINASTÍAS DIVINAS

Con el ciclo de Cáncer se inaugura la nueva Gran Rueda Zodiacal después de la inmersión de la Atlántida y del Gran Diluvio.

Y aparece un mundo caótico y conmovido, pero lleno de posibilidades, renovado y purificado. Sobre la tierra barrida y húmeda, pletórica de gérmenes, la atmósfera diáfana debía ofrecer gloriosas auroras y soles esplendorosos que invitaban a una prometedora vida nueva.

El signo de Cáncer que iniciaba la aguja de la precesión solar era el signo de la Madre, el trono de la Luna, mediadora vital del Sol sobre nuestro planeta.

Siendo la Luna transmisora de los rayos astrobiológicos del Sol y su sistema, detector magnético del Universo, ambos Luminares constituyen, en Astrología el broche que cierra y abre cada gran ciclo o año heliacal, el enorme reloj constituido por los doce signos del Zodíaco, las doce horas de una eternidad manvantárica.

La semilla de las anteriores civilizaciones nunca se pierde. El hado que preside la evolución constante de la humanidad, las replanta en el lugar elegido por los padres espirituales de las razas y de las civilizaciones.

El hito electo de ese primer trasplante desde la Atlántida fueron "las Tierras puras de Khemí", hacia las que miraban los sabios astrólogos conocedores de los infaustos destinos de la Isla Atlántida de Poseidonis. Y con una selección de familias, de animales, de productos y de enseres, navegaron, gloriosa aventura, a través del Gran Verde —Océano Atlántico y sobre el que fuera Mar de Libia, Desierto Líbico y del Sahara— después de la transformación efectuada por la gran hecatombe y los corrimientos diluviales.

Según la remota tradición, el monumento conmemorativo de la fundación de la primera colonia atlante en el Delta egipcio, fue la Esfinge, *Harmakis* o Sol Naciente. La Esfinge significa en verdad el símbolo de los dos signos de fin y de comienzo, Leo-Cáncer, representados en una cabeza y busto de mujer de tipo andrógino, —Cáncer— y un cuerpo de León —Leo—. Esa enorme, monstruosa figura simbólica se levantó en el mismo lugar en que fundaran nuestros padres atlantes el primer *nomos* o poblado dentro de los cánones de la civilización atlante. En el seno de la Esfinge hubo el primer Templo rupestre o subterráneo, ya que estaba excavado en la roca calcárea de una prominencia que en sus orígenes se elevaba a la orilla del Mar de Libia. La faz de la Esfinge, como la entrada de su Templo-crypta se hallaban orientados al Sol naciente, en el punto de los equinoccios, cuando son iguales los días y las noches.

El enorme monumento exaltaba no sólo la fundación de Egipto hace unos once mil años, sino que era una glorificación del Sol y de la Luna que presidirían la vida y la religión de los egipcios, su heredado ritual, su moral y sus costumbres.

Ello justifica el adelanto asombroso, científico, filosófico y material de los antiguos habitantes del

país del Nilo al que hace referencia Paul Schliemann.

En aquella remota antigüedad, la astronomía y la astrología constituían una sola ciencia, llamada "la Ciencia Madre". Por ella, conocían los sabios dirigentes espirituales y sociales, hierofantes y faraones, la tónica del desenvolvimiento de aquella civilización inicial, así como sus derivaciones y lugares, a manera de brotes de su tronco bien plantado en la proximidad de un gran río, el Nilo, y del Mar Mediterráneo.

El signo de Cáncer presidido por la Luna es femenino y esa tónica se imprimió en los orígenes del matriarcado por el que se rigió la antigua civilización egipcia. Su símbolo fue el Escarabeo que ocupaba en el lugar del antiguo zodiaco hierográfico el lugar representado más tarde por el Cangrejo.

El signo de Cáncer —de Escarabeo— es germinal, de fecundación. Su mandato zodiacal lo intima a toda fundación, especialmente del hogar, de la construcción, de todo establecimiento y consolidación de una sociedad en un punto electo, siempre junto a un río, a un lago o al mar.

En ese signo inicial, primero de la cruz cardinal del zodiaco móvil, la ley establecida bajo sus auspicios otorga el derecho, la herencia y la preeminencia a la mujer, vinculada a la significación de la Luna. Debido a esa tónica celeste, la fundación de Egipto se halla vinculada a la Luna que centraba, con el Sol, todo el ritual religioso.

Es curioso estudiar la eficacia de esas primitivas leyes basadas en el matriarcado, en la mujer, en la madre, en los plenos derechos de las Faraonas y Sacerdotisas, ya que en ellas se basaba todo el derecho a la sucesión al trono y en todos los estamentos sociales, a la herencia. La mujer, amparada por la ley, representaba todas las etapas de la vida egipcia. Y

es notable el profundo sentido, la prosecución y las arraigadísimas raíces de aquella tradición lunar. Esas raíces son equivalentes a un árbol colocado en sentido inverso: o sea, originadas en el cielo, y vinculadas a su recio tronco, las ramas, se diseminaban por la tierra. Debido a ello, a través de los siglos y los milenios, apenas cambiaban en Egipto las costumbres, los indumentos, los ritos, los ideales. De ahí que el Escarabajo representara la tradición.

El signo opuesto y complementario de Cáncer es Capricornio, que en aquella época fundacional se representaba mediante un cocodrilo, animal que proliferaba en el Nilo y que era el primero en aparecer con las primeras crecidas fluviales y periódicas. Eran los pequeños cocodrilos verdes de los altos lagos etiopicos que se derramaban al llano envueltos en los musgos, los lotos, las plantas arrancadas por las aguas en su furia descendida en torno al solsticio de verano, al derretirse la nieve de las altas cumbres del Africa central.

Ese signo, opuesto diametralmente al de la precesión, forma una única línea vibratoria al pasar por el punto central de la gran Rueda celeste. Presidido por el planeta Saturno, señor de toda consolidación, representaba toda actividad de signo espiritual. Algunos astrólogos opinan que ese signo que sellaba la religión se relacionaba con Anubis, el dios de cabeza de perro, ya que en los orígenes, la Estrella Polar era *Sothis*, Sirio, de la Constelación del Can. Los griegos llamaban a la era de Saturno "la Edad de Oro".

En un antiguo templo del Delta se halló junto a una estatua de Isis una leyenda que decía: "Yo soy aquella (Isis) que se levanta en la Constelación del Perro. ¡Alégrate, Egipto, tú que fuiste mi nodriza!"

Intérprete de la Gran Madre celeste era Isa o Isis, como la denominaron luego griegos y latinos. Parece ser que Isa fue, en sus orígenes, una bellísima y sabia princesa atlante, hija del Rey Kron quien, conocedor de sus destinos, prefirió perecer junto con su pueblo, en el terrible hundimiento.

Isa, Princesa —Sacerdotisa fue la primera entronizada en aquella primitiva sociedad sabiamente estructurada—. El Faraón-Sacerdote encarnaba la divinidad de Osiris u Osir, investidura solar del hombre consagrado o iniciado en los misterios de su religión soli-lunar.

Dotada de los máximos poderes y atributos, fue la primera Faraona, la heredera de un continente, la ejecutora de los misteriosos antepasados y aun de aquellos más misteriosos Señores de Venus a los que la verdad transformada en leyenda, atribuye la paternidad espiritual de la *subraza roja* tolteca en la que culminó el saber y la majestad de los atlantes y cuyo saber fue más tarde corrompido, torcido y vulnerado ante la gran Ley que rige la evolución de las humanidades.

Isa fue la primera mujer, encarnación de la Gran Madre, que dirigió los destinos del naciente país de Egipto. Ella encabezó aquella misteriosa velada jerarquía sabia que rigió los destinos de Egipto durante dos ciclos zodiacales, el de Cáncer y el de Géminis, conocida como Dinastías Divinas.

Esas remotas dinastías faraónicas herederas directas de los atlantes y cuyos espíritus protegían como hijos espirituales del gran pueblo fenecido, han quedado envueltas en los ropajes del misterio legendario. Los grandes historiadores griegos, como Manhetón y el mismo Herodoto, amén de los estelios que hizo grabar en Abidos el gran Seti I y otras posteriores pruebas y justificaciones, mencionan esas Dinastías Divinas del remoto Egipto, con singular ad-

miración y respeto. Herodoto, el padre de la historia confiesa haber visto como un privilegio, en un lugar secreto de un santuario egipcio, las imágenes de 354 entre Reyes y Reinas divinos, cada uno con su historia. Esos grandes Faraones —gigantescos de talla, de elevadísimo espíritu— de investidura andrógina, ocuparon con gran sabiduría el trono gobernante de Egipto, *tanto tiempo como las dinastías llamadas humanas*, o sea, por un período de 4,320 años.

Las civilizaciones primitivas de alto signo, tienen la característica, debido al poco desenvolvimiento de los pueblos o de la masa, de hallarse constituidas como sociedades jerarquizadas. Pero tales jerarquías eran auténticamente ejemplares, jerarcas sabios y puros faraones —Hierofantes y Faraonas— Hierofántidas— que legaron a las dinastías humanas posteriores gran parte de su tradición, pero no siempre, por desgracia, su sabiduría, sus poderes y sus virtudes.

El largo período de las Regencias Divinas fue la verdadera edad de oro de Egipto, expresada en la leyenda.

El ciclo prosiguiente de Cáncer, el de Géminis nos lega la tradición de los reyes-gemelos en paridad de poderes. Acaso fuera esa medida una preparación un a modo de fórmula de traspaso para preparar el camino a las posteriores regencias bondadosas, pero humanas, o sea, desprovistas de las luces interiores, de la investidura espiritual que otorgaba a las primeras Dinastías la plena facultad del absoluto y eficaz gobierno, tratando de desenvolver las capacidades de la fracción selectiva de sus súbditos más allegados.

Esa tradición de los Reyes-Hermanos intentaba sin duda suplir, en cierto modo, las características del andrógino que encarnaban los primeros Reyes y Reinas divinos.

Así, el ciclo de Géminis se caracterizó por el *doble trono*, aunque siempre perduró la ley inicial del matriarcado como una tradición intangible, legada por los astros en la fundación de Egipto.

Sin embargo, a medida que se aproximaba el período en que, por mandato superior tenían ya que desempeñar el papel de Faraones o regentes seres de condición simplemente humana, del seno del secreto de los Santuarios surgió una especie de comunidad rigurosamente selectiva, que tenía por misión velar por la pureza de la tradición. Se denominaban sus afiliados, los "Semsu-Hor". O sea, los "Servidores de Horus". Horus representó siempre "la Encarnación Divina", el "hijo" en la Sagrada Trinidad de los egipcios, constituida por Isis, Osiris y Horus. Ese "hijo" sagrado era a modo del protector espiritual de los monarcas y altos sacerdotes de ambos sexos.

Los "Shemsu-Hor" tenían por distintivo el harpón, cuya grafía, en el zodíaco, representaba al signo de Sagitario, —opuesto y complementario de Géminis, su contraparte espiritual que se caracterizó más tarde por una flecha. El harpón de los egipcios era semejante en todo a la flecha del centauro.

Parece ser que en los inicios de ese ciclo de Géminis, apareció en Egipto el primer Hermes del que apenas queda más mención, que el rastro tradicional de que fue el más grande sabio e instructor del país del Nilo. El encarnó la misión espiritual del nuevo ciclo, por lo que tomó el nombre del regente planetario del trono zodiacal de Géminis, Mercurio o Hermes.

Poco a poco —los principios de estabilidad de un ciclo son lentos y deben ser dirigidos por altos seres aptos para la conducción humana—, la "gran familia espiritual emigrada" de la desaparecida Atlántida siguió conduciendo, instruyendo, preparando a los seres más allegados y más aptos para de-

jarles en su oportuno momento, el mando y la responsabilidad del gobierno del pueblo elegido, depositario de las sagradas simientes de la sabiduría y de la civilización del gran ciclo anterior, y que no pueden morir, a pesar de la pausa obligada de las noches cíclicas.

La tierra se va desvelando lentamente de su sueño y una gran inocencia planea sobre la faz lavada de nuestro planeta, que va resurgiendo del período de inactividad y de revulsión preparándose para otorgar el esperado fruto de la nueva recreación de la vida.

Doquiera, debido a ese pujante poderío genesiaco y telúrico, la tierra reverdecía, ubérrima; los ríos definían sus cauces y aumentaban su límpido caudal; los mares se estabilizaban sobre sus transformados lechos besando las orillas, depositando la arena en las playas dulces y modelando la morfología de sus cantiles con sus olas encrespadas.

De este modo devenía la Tierra morada propia y amada por los escasos núcleos humanos que la habitaban en sus orígenes.

De este modo, de la civilización raíz iban brotando y extendiéndose los ramajes que mantenían, enlazados, el fuego sagrado de la tradición y el estímulo de su peculiar crecimiento.

Es curioso que, siendo Géminis signo zodiacal regido por el planeta Mercurio o Hermes, tuviera el avatar o maestro regente de ese ciclo el nombre del planeta y los griegos posteriores, conocedores de esa ley equinoccial y del significado de los ciclos, mantuvieran la tradición mitosófica del primer gran Hermes egipcio casi desconocido, que dio nombre a posteriores Hermes, como por ejemplo el gran Toth-Hermes o segundo Hermes, el "Tres Veces Grande" que imprimió el sello espiritual a la vida de Egipto y dio la oculta tradición sagrada, el ritual y las cos-

tumbres, además de —según nos han legado los griegos— el tesoro de 42 Libros Sagrados, entre los cuales se hallaba *El Libro de los Muertos* o *Libro de la salida de la Luz*, según su verdadero título.¹

El signo de Géminis se caracteriza por el desenvolvimiento de la mente, por el nivel cultural de un país, por la organización de sus enseñanzas. Y en verdad que en el período de los Gemelos, aun en su gran parte gobernado por Jerarquías Divinas o divinizadas, se organizaron las llamadas Escuelas de Sabiduría anexas a los Santuarios mayores. En tales Escuelas se formaron —auténticos universitarios integrales— las más destacadas inteligencias del mundo antiguo, ya que el acervo cultural heredado era altísimo y se hallaba íntimamente vinculado con la formación religiosa e iniciática. En tales Colegios Mayores se enseñaba medicina, astronomía y astrología, botánica, agricultura, geología, ciencias naturales, matemáticas, música, arquitectura, escultura, pintura. De este modo, la fama de Egipto creció ante el mundo primitivo porque su sabiduría comenzó a dar una ubérrima cosecha.

La oculta correspondencia de los signos opuestos y complementarios la descubrimos, por lo que se refiere al ciclo precesional Géminis-Sagitario, en ese interesantísimo mito griego de neta tradición astrológica de Ixión, el penitente del mundo astral, el más allá o mundo subterráneo de las almas.

Ixión, padre de los Centauros —signo zodiacal de Sagitario— se hallaba atado a la rueda de fuego-solar, o sea, el Zodíaco— por haber fracasado en los doce trabajos zodiacales y haber faltado a sus jura-

¹ Se ha llamado *Libro de los Muertos* debido a haberse encontrado esos poemas sacros en la cabecera de distintas momias, en el interior de los sarcófagos de seres notables.

mentos. El mismo Zeus encargó a Hermes o Mercurio, planeta regente de Géminis, que atara al hombre a la rueda alada para que "rodara sobre sí mismo" hasta su liberación. O sea, que para alcanzar la liberación tenía que quemarse en sus propias culpas y liberarse atado a la misma Rueda cíclica, pasando por cada una de las doce pruebas correspondientes a los doce signos zodiacales.

Sus hijos, los Centauros, eran sabios. Conocían todas las artes y ciencias. Mitad hombres y mitad caballos, poseían la doble naturaleza inferior y superior e iban armados con una flecha que apuntaba a lo alto, su meta. De entre ellos, el más sabio fue Quirón, maestro de héroes. Su misión era, no sólo enseñar sino aliviar los males de la humanidad, la ignorancia y la enfermedad o desarmonía, ya que sintonizarse con el zodíaco implica alcanzar la armonía de las celestes esferas con el autodomínio y vencimiento de las fuerzas telúricas y universales. Gigantescos como titanes, los Centauros se hallaban sin duda relacionados con las ideas y principios de los antiguos egipcios a partir de los tiempos fundacionales de las Dinastías Divinas.

La existencia de tales dinastías, la hallamos en la antiquísima tradición china. Según ella los primeros Reyes fueron dos hermanos o gemelos —Géminis— Fu-Hi y Niu-Kua. Se les representaba como dos serpientes enlazadas y que constituyen el origen del caduceo mercuriano. El segundo de tales reyes legendarios, corresponde ya al ciclo táurico. Fue Chen-Nong y se representaba con cabeza de buey. Dio gran impulso a la agricultura, como los antecesores la dieron a la sabiduría y a los ritos divinos. El tercero de esos avatares cíclicos fue Tchu-Jong al que concedían los atributos del Cordero, Aries.

Al iniciarse el período de traspaso, al final del ciclo de Géminis, los grandes seres que ostentaban

la jerarquía rectora, dejaron paso a los llamados Faraones humanos. Eligieron a los más buenos, a los más capaces y les dejaron las riendas tensas del poder, después de aleccionarlos debidamente así en lo profano como en lo sagrado. Sin embargo, los Reyes Divinos siguieron velando por la prosecución de la gran civilización que comenzaba a dar sus frutos. Acaso permanecieran todavía al frente de la misión religiosa como sumos hierofantes, pero el caso es que, a fines de ese ciclo, apareció el primer Faraón humano conocido con el nombre de Menes, que encabezó la primera dinastía menor. A esa primera dinastía, apenas especificada y conocida, siguieron dos más en el mismo interregno o período de traspaso y por fin, amaneció, pujante y constructivo, el signo zodiacal de Tauro, el Toro, en una gloriosa precesión de ciclo menor.

CAPÍTULO V

TAURO - ESCORPIO



ESPLENDOR DE EGIPTO

La plena posesión del poder, la auténtica facultad de gobernar, la alcanzaron los Faraones al iniciar la cuarta dinastía. Con el gran Kufú la civilización egipcia, brazo de la atlántida, llegó a la cima de su poder y de su gloria.

La patentización de esa cima espiritual y material lograda ya por las primeras dinastías humanas, floreció con todo esplendor con esos primeros Faraones, iniciados en los Misterios, educados en sus Escuelas de sabiduría, aptos, inteligentes y poderosos, que se llamaron Kufú, Kefren y Menkara.

Dejaron memoria a la posteridad de su afirmación integral, mediante los inmensos monumentos de las tres pirámides, la mayor y primera perteneciente a Kufú, el primer Faraón de la IV dinastía humana.

Claro que Kufú siguió la línea trazada por su primer antecesor, Menes, el que creó la unidad de Egipto a lo largo de su inmenso, dilatado Valle, organizando su primer ejército defensivo.

Verdad es que el gran Zoser, el antecesor casi directo de Kufú, el más grande Faraón de la III dinastía humana poseyó facultades excepcionales y fue no sólo un gran legislador y un gran hombre de gobierno y un gran sacerdote y maestro al mismo tiempo, sino un médico extraordinario, famoso astró-

nomo y científico, con la colaboración de su gran ministro y "amigo único" Im-hotep, divinizado por la tradición posterior.

Kufú quiso reconocer al enviado avatar o maestro de aquel ciclo comenzado del cual él era el más alto y visible representante.

Y por los imperativos misteriosos del destino, halló al gran Toth-Hermes, formado en el seno del Santuario de Ptah, en Menfis. Mutuamente se comprendieron y se juraron consagración y fidelidad. Y juntos, uno mediante la ciencia, otro mediante el poder, izaron para asombro del mundo futuro, ese monumento geológico, geodésico, astronómico y oculto capaz de patentizar toda la sabiduría de que era Egipto depositario, ante la pasmada posteridad.

La primera gran pirámide de Kufú y de Toth-Hermes fue en verdad erigida con medios misteriosos suyo descubrimiento auténtico pasmará a la humanidad, cuando el saber científico se sintonice con aquel saber heredado, transmitido y practicado.

Ese monumento que representó la Gran Pirámide es motivo cada día de mayores sorpresas y descubrimientos. Un antiguo manuscrito copto existente en Oxford dice que en la Gran Pirámide se hallan contenidas todas las artes y ciencias, dispuestas para aquel capaz de comprender. En ella fueron inscritas las esferas celestes con sus astros y planetas, así como la crónica de los acontecimientos pasados y futuros. Su emplazamiento, sus dimensiones, su orientación, la convierten en el meridiano ideal de la tierra. Cada una de sus caras señala exactamente un punto cardinal. El cuadrado de su base inscrito en un círculo, da el radio por altura desde su vértice y doblada esa altura, la relación de π , más los días del año en número de pulgadas el perímetro de su base. Las dos diagonales de su base la duración del año heliacal y el cálculo matemático de su altura, la distan-

cia de la Tierra al Sol. La fecha de su construcción la señala su pasillo descendente desde la entrada, cuya dirección imaginaria apuntaba a la estrella polar de entonces. "Todas las conquistas de la ciencia moderna se hallan contenidas en la Gran Pirámide" afirma Dávidson, el gran egiptólogo. Representa, en fin, todas las etapas de la evolución humana y solar.

El gran ciclo táurico, que significó la cima del esplendor de Egipto, se caracterizó por la exaltación de ese símbolo zodiacal: el Toro, divinizando al Buey Apis y a la Vaca Hathor. Complementariamente, el símbolo que presidía la contraparte espiritual, la alta Iniciación del hombre perfeccionado mediante numerosos estudios y pruebas, era la cobra o serpiente, colocada sobre su frente, como la vemos reproducida en el lugar del tercer ojo y que representa al signo zodiacal de Escorpio, el opuesto y complementario de Tauro.

En ese ciclo táurico, las altas ciencias hallaron allí, en el país del Nilo, su más elevada realización, así como toda índole de revelaciones secretas en ciencias abstractas, como la matemática, la música, la geometría y la astronomía, así como la máxima elevación moral mediante la sabiduría y las enseñanzas dadas por Toth-Hermes, el segundo Hermes, llamado el "Tres veces Grande".

Simultáneamente y ya en los inicios de occidente, en la primitiva leyenda griega, encontramos la veraz interpretación del ciclo táurico en la naciente Europa. El más característico y elocuente mito es sin duda el de Europa, nieta de Poseidón —Poseidons— o sea, la tercera generación celeste a partir de los inicios del gran Año o rueda heliacal— por Zeus el dios solar, transformado en Toro. Así tomando la forma de un hermoso Toro, sedujo a la doncella y sobre su lomo la llevó a Creta donde tuvo de ella tres hijos, dos de los cuales fueron Minos y Radamante.

Minos fue el sabio rey astrólogo que, bajo la divisa del signo, estableció la gran civilización cretense, puente entre la egipcia y la posterior griega.

Cuéntase que en tal período había en el Laberinto cretense el Minotauro, mitad hombre y mitad toro que devoraba a los que a su morada —situada en el centro del Laberinto— llegaban. En realidad en el Laberinto, que significaba las difíciles pruebas de la Iniciación, devoraba el monstruo mítico al hombre débil e incapacitado en tanto que, en las postrimerías del ciclo era vencido por Teseo, el héroe del signo naciente de Aries. Abundan en las pinturas y ornamentos de Gnosos, las representaciones del toro en forma de vasos, ritones, joyas y pinturas que representan las fiestas llamadas *taurobolios*, precursoras de las corridas de toros españolas, que tienen también un origen zodiacal cíclico, originado en la civilización tartesia del sur de España, otra rama de la gran civilización atlante, en el período táurico.

De manera esporádica, ha llegado hasta nosotros el reconocimiento de este símbolo estelar del ciclo táurico a través del culto del toro en Creta. Existe de aquella época un bien conservado ritón de esteatita dura simbolizando la cabeza de un toro y entre otras cosas mencionadas, un vaso de oro representando la captura del toro predestinado, según las características rituales y que existe en el Museo de Candía.

Del culto del toro tenemos noticia plástica a través del arte caldeo, asirio, persa y por la tradición mezdeista. Entre los griegos hallamos, después de las representaciones de los poderosos atlantes, sucesivas leyendas como las de Pasífae y numerosos himnos sagrados que ensalzan a la divinidad “de pies de buéy”. También hallamos su rastro táurico en Beocia y Tesalia, en Eleusis y Efeso.

Otra de las mitosofías táuricas de Grecia fue la leyenda de Io a la que Hera, la diosa celeste, transformó en vaca y en esta forma se trasladó a Sicilia, donde fundó varios centros de civilización y cultura bajo la inspiración de Zeus, su divino enamorado.

Tiene origen precesional solar, en la misma época, el toro alado del Templo de Babilonia, el Toro de Mitra, el barbado de Korsabad.

Algunos astrólogos opinan que el culto a la vaca en la India, tiene su origen en el mismo período. Y en la vieja España de tradición atlante-egipcia-helénica, tenemos las prehistóricas representaciones torales de las cuevas de Altamira en forma de pinturas rupestres.

No olvidemos, volviendo a Egipto el país de origen, el lugar más representativo y de arranque del tronco padre-madre de la civilización y civilizaciones post-atlantes, que el período táurico significó la estructura definitiva de los módulos del arte eterno de Egipto, de la arquitectura por excelencia, del lenguaje sabio o jeroglífico, de las pinturas inalterables, de la alta ciencia médica, de los himnos bellísimos y tradicionales recopilados en el llamado “Libro de los muertos” y que exponen la profunda sabiduría de las mentes rectoras de aquella altísima civilización, con toda su secuela de conocimientos y de ciencias aplicadas. Porque el esplendor de Egipto es, por antonomasia, la época táurica, aquella en que el Sol, por precesión, besaba con sus primeros rayos la faz de la venerada Harmakis, la Esfinge, cuando teñía el oriente el azul matiz de Tauro, el toro zodiacal y celeste.

CAPÍTULO VI

ARIES — LIBRA



**MISIÓN DE ISRAEL - REVOLUCIÓN EN EL PAÍS DEL
NILO - AMANECER DE GRECIA - ALBORES DE LA
CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL**

El advenimiento del signo de Aries en el este precesional, debía tener una gran significación para la historia del mundo y sus civilizaciones.

El signo de Aries es de fuego, cardinal y pleno de posibilidades. Señala, por tanto, una sintonización de enorme trascendencia entre las constelaciones y los signos del zodiaco fijo con la que inicia su rueda anual ya que en él se alinea, por decirlo así, la faja simbólica del ecuador terrestre con la del ecuador celeste. Por ello, el inicio del ciclo ario representó esos hitos trascendentes con la misión del pueblo de Israel, el predominio de occidente con los orígenes de Grecia, la guerra triunfal de las legiones zoroastrianas al recuperar la tierra sagrada de los antepasados estableciendo la religión parsi con la adoración aria del fuego y la reconquista del propio Egipto por los puros nativos después de la expulsión de los hiksos.

Ese despertar sintonizado del mundo se proyectó, en menor escala, en otros pueblos y en otras civilizaciones que señalaron en su conjunto, un enorme paso en la evolución del mundo y de la humanidad.

Volviendo al proceso efectuado en el pueblo que entonces se hallaba a la cabeza del mundo civilizado en legislación y en sabiduría, Egipto, tras la invasión de los Reyes Pastores asiáticos y semitas, llamados también judíos impuros y leprosos —ya que era fama habían introducido en el puro Egipto la enfermedad de la lepra, los Faraones libertadores, Amhosis I, el que inició en el alto sur la reconquista y Thutmosis I que la completó en el centro y en el norte, o sea, en la región Tebana y del Delta. barrieron de enemigos el país y también de las mentes y de los corazones el gravamen —la peor invasión— del recuerdo, del odio y del resentimiento instituyendo de nuevo las antiguas costumbres y las antiguas leyes, devolviendo la perdida hegemonía al sacerdocio. Restituyeron las estatuas destruidas a los templos, reconstruyeron ciudades y monumentos y dentro de la posterior, posiblemente arbitraria definición de las etapas con que se determinan los períodos de la civilización egipcia, iniciaron ambos Faraones, al comienzo del ciclo de Aries, el llamado Nuevo Imperio en el país del Nilo.

Se iniciaba, pujante y vitalizado, el ciclo ario. Las divinidades zodiacales y cronológicas ostentaban las características del cordero, las esfinges que marginaban las sendas sagradas, aparecían con la cabeza y los cuernos retorcidos del morueco y se pusieron de moda, como correspondía por su vinculación *actual* con los rayos del adorado Padre Sol, los talismanes y pequeños amuletos representando un sintético ser acurrucado y antropoide, con cabeza y cuernos, a menudo, estilizados, del cordero celeste.

Ello ocurría hace más de cuatro mil años de acuerdo con la cronología de la precesión.

El proceso de revitalización espiritual y material de Egipto bajo el nuevo signo, tuvo lugar a través

de la “más grande mujer de la historia”, la Faraona tebana Hatshepsut, hija del Thutmosis I, que completó, así en el aspecto material como en el espiritual, la obra guerrera de su padre. En el lema de su reinado se la designaba, entre otros títulos, con el de “Horus Femenino”, la predilecta Hija del Sol. Esa gran Faraona que condujo al país del Nilo por la senda de tantas glorias, era a la vez suma sacerdotisa, conocedora de su misión espiritual. La investidura de Horus —tercera Persona de la Trinidad egipcia— se concedía sólo a los avatares o enviados divinos en los inicios de Era cíclica. Implicaba conocimiento, poder y vinculación de esa superior asistencia que caracteriza la revitalización del mundo en tales períodos. Gobernó con sabiduría y rectitud, convirtió las regiones desérticas en jardines, por lo que se la llamó “la Semíramis del Nilo”, manejó el poder “en hombre” ya que gustaba de ser representada con atributos masculinos, sin prescindir de su tónica femenina, como correspondía a un alma andrógina.

Esa consolidación de Egipto y esa renovación que supone un signo cardinal de fuego y tan destacado del zodíaco, se manifestó un poco más tarde, con la revolución intentada por Akenaten, el místico Faraón que quiso instituir, anteponiéndose a la voluntad y los intereses creados del sacerdocio tebano, el culto a la divinidad única bajo el nombre de Aten que tenía por símbolo el disco del Sol. Ese Faraón quiso realizar, además, una revolución a fondo de las ideas y de las costumbres de su pueblo; renovó las artes, otorgando a los cánones clásicos la libertad de expresión, el oreo de los temas, el modelo directo del natural; implantó nuevos métodos de gobierno. Acaso se anticipara demasiado a la comprensión de los demás y al ritmo lento de aquel pueblo por naturaleza tradicional y costumbrista, pero su siembra fue aprovechada por las sucesivas generaciones.

Ese signo ario representaba el despertar del mundo y la liberación de tradicionales cautiverios. Nos referimos específicamente a la bíblica Misión de Moisés, libertador del pueblo sometido israelí en Egipto desde la expulsión de los Hiksos y que quedaron allí como rehenes y como esclavos.

Ello tuvo lugar bajo el reinado de los Faraones Ramsés II y de su hijo Meneptah.

A través de Moisés, salvado y adoptado por la princesa Thermutis, hija de Seti I y hermanastra de Ramsés II, y por tanto iniciado, universitario y sacerdote egipcio, investido de todos los títulos de sabiduría y de poder, halló el pueblo cautivo de Israel la liberación y su futura misión a través del éxodo.

Evidentísimo es el relato de la adoración de su pueblo al becerro de oro, culto ya periclitado cíclicamente, pero que representaba para ellos el deseo del retorno a la vida abundosa, apacible y protegida de la corte egipcia que dejaron para padecer hambre y sed y cansancio en el desierto con la promesa de alcanzar la tierra prometida.

Por algo se representó a Moisés con los cuernos del cordero, signo de Aries que amanecía y con él, el auge de los judíos y el despertar de las tierras del cercano oriente y la modélica tradición de que nos ha legado relatos y constancia la historia bíblica.

Del cultísimo noreste africano y del Asia mediterránea, pasemos al corazón de occidente, al fundamento de nuestra civilización europea y también mediterránea, enlazada en los orígenes con las anteriormente mencionadas.

La poesía, precursora de todas las metamorfosis cíclicas, convierte el mismo simbolismo de los pronósticos actuantes en imágenes y símbolos sagrados. Y en las grandes epopeyas, como en los libros místicos encontramos a menudo, barajados con la histo-

ria, la épica, la religión y las costumbres, con los celestes mitos cosmovizados y antropomorfizados.

En los albores de occidente, el Sol, por precesión, pulsaba en el equinoccio de primavera, el signo zodiacal de Aries, el cordero solar.

Entonces apareció en la primitiva Grecia, para su poética versión que trascendería los siglos y los milenios, la fórmula épico-lírica de la historia con que se inició la conmemoración del signo y el bautizo espiritual de nuestra civilización greco-latina.

La más característica de tales leyendas míticas, y zodiacales es la expedición de los Argonautas griegos a la Cólquida oriental.

El estudio en profundidad de los mitos a la luz de la astrología cíclica nos conduce de la mano a la finalidad didáctica de los sabios orígenes y al enlace consecutivo de las civilizaciones.

En tal sentido y a base de esa clave, la leyenda de los Argonautas constituye la más taxativa confirmación de ese alborear del nuevo signo del cordero zodiacal después del declive del anterior signo del toro que caracterizó la cima de la civilización egipcia y acaso hinduista en el oriente.

Los Argonautas fueron en verdad un grupo selectivo de nobles y destacados griegos, iniciados integrales formados en el corazón de los santuarios y universidades del antiguo Egipto y conocedores por tanto de la ciencia de los astros y de la ley de los ciclos.

En el caótico período de traspaso que caracteriza el cambio de un signo zodiacal a otro de civilización, siempre los conocedores de la ciencia de los astros se esfuerzan por dar a conocer a la humanidad, en la forma más asequible y comprensible, las directrices del nuevo signo, para predisponer progresivamente el alma del mundo al requerimiento de los astros haciendo de esa adaptación una alta pedagoga-

gía, útil a los dirigentes y a los dirigidos de la nueva sociedad predispuesta al cambio.

Así, los elevados seres sensibles a las nuevas fuerzas universales que se hallaban al frente de los jóvenes estados que constituían la unión helénica en aquellos remotos tiempos —recuérdese que hace de ello más de cuatro mil años —conocedores de la trascendencia de su momento histórico, se unieron para constituir aquella famosa expedición al oriente e ir juntos en busca del Vellochino de Oro o Cordero Celeste.

Bajo la advocación de Atenea, “la diosa de los ojos verdes” símbolo de la sabiduría —construyeron según las reglas del arte mayor— las proporciones del “número de oro”— un navío, cuyo mástil era, según el relato, el tronco de una encina parlante de Dodona y que profetizaba al ser consultado. Ese mástil era considerado, pues, uno de los vínculos sensibles al talismánico influjo del nuevo signo.

Constituían esa excelsa pléyade de pioneros de la Nueva Era Aria en número de cincuenta y dos, la flor de la humanidad en aquel período de civilización naciente y todavía caótica. Según la leyenda, fueron tales expedicionarios Heracles, prototipo del iniciado griego en los orígenes, —el vencedor en las doce pruebas el integralmente fuerte—; Yolas, su compañero; Laertes, padre de Ulises; Orfeo, príncipe de Tracia, el divino cantor y poeta, instruido y formado en Heliópolis egipcia; Peleo, padre de Aquiles; Filemón, sacerdote de Apolo; Meleagro, hermano del rey de Calidonia; Anseo de Arcadia, hijo de Licurgo; Idmon, el famoso adivino, sacerdote también de Apolo; Mopso, otro intérprete del dios; Tideo, padre de Diomedes; Clio e Ifites, hijos de Ariadna; Asterion de la Eolia; Tifis, el piloto vidente; Acasto, hijo de Pelias; Etálidas, sacerdote de Hermes; Amfión, rey Tebas, hijo de Zeus; Admeto,

rey de Tesalia; Jasón, jefe de los argonautas entre otros.

El fabuloso periplo de esos electos navegantes misionales y astrólogos, tenía por finalidad, como dijimos, ir en busca del Vellochino de Oro. A tal fin, emprendieron el rumbo hacia la Cólquida en el navío “Argos”. Múltiples pruebas les aguardaban en el trayecto, pruebas por las que debe pasar la humanidad en forma acelerada, en todo traspaso de Eras. De todas ellas salieron, con la ayuda divina y de las fuerzas colaboradoras elementales de las que salieron vencedores.

Los argonautas fueron en busca del botín celeste, recogiendo las directrices y el gran talismán del supremo astrólogo que era Aetes, rey y sumo sacerdote del santuario astrológico de la Cólquida, colonia egipcia y centro muldialmente famoso, ubicado en un lugar excepcionalmente magnético y sintonizado con el signo zodiacal que amanecía. La Cólquida se hallaba en las orillas del Ponto Euxino, cerca del Cáucaso.

Al período ario corresponden también la misión oriental de Rama y la de Zarathustra, el avatar persa en el período de la reconquista de su país y de sus tradiciones. Tanto Rama como Zoroastro (Zarathustra) preconizaron y practicaron la religión del fuego solar, elemento simbólico del signo de Aries trono zodiacal de la exaltación del Sol.

Por lo que respecta al signo opuesto y complementario de Aries, Libra, presidido por el planeta Venus, sus tónicas se acoplan por completo a las características de la divisa espiritual que presidió ese destacado ciclo de civilización de diferentes brotes y significados, aun perteneciendo a un tronco celeste común.

Libra fue para los griegos el signo de la Belleza y de la Armonía que selló su misión cíclica. Para el

pueblo hebreo representó la ley dada por Moisés a su pueblo. Y en el retoñar de la milenaria civilización egipcia, el signo venusiano selló el auge del predominio de la diosa Maat, símbolo de la justicia y de la verdad, la balanza o equilibrio.

CAPÍTULO VII

PISCIS — VIRGO



PITAGORISMO - BUDISMO - CRISTIANISMO
ALEJANDRÍA: ORIENTE-OCIDENTE

Según la cronología equinoccial, hace alrededor de veintiún siglos que la aguja del oriente solar, apuntaba, en primavera, el signo zodiacal de Piscis.

El sacrificio del Cordero en la Pascua de Resurrección patentiza el fenómeno astrológico de la muerte o terminación del ciclo de Aries y el comienzo del signo místico de Piscis, simbolizado por dos peces.

Precedió en la pujante y hermosa concreción del cristianismo pisceano, el mensaje de extraña afinidad mística, de Buda en la India, del último Zoroastro en Persia, de Lao-Tse y Confucio en China y de ese maravilloso avatar de Grecia que fue Pitágoras, maestro de Platón y de Sócrates y del no menos grande, por poco conocido, Apolonio de Tyana.

Dejando aparte no sin mencionar su alto significado, el ensayo filosófico-pedagógico de esa primera Escuela idealista de educación integral, que fundara en Crotona el Maestro de Samos, la máxima divulgación popular de su enseñanza la encontramos junto con el renacer del platonismo, en Alejandría, broche de oro destinado, según su fundador Alejandro, a sumar las ideologías de oriente con las de occidente, a la luz de la sabiduría milenaria del país del Nilo.

No olvidemos que de la Escuela alejandrina surgieron, hermanadas bajo un signo común de sincretismo y de eclecticismo, las enseñanzas de todas las filosofías primitivas y la esencia común de los cultos de todas las religiones conocidas. En aquella malograda y famosa Biblioteca destruida dos veces por los romanos y por los árabes invasores, se atesoró todo el caudal de sabiduría de la antigüedad y que en su venero bebieron y se formaron los grandes místicos, filósofos, sacerdotes, artistas y científicos de aquella edad de traspaso, de fin y de comienzo de una alta y esplendorosa civilización que debía sellar con un significado común de ejemplaridad, de pureza y de amor, al occidente y al oriente.

La humanidad atravesaba entonces, como en todos los períodos críticos de traspaso de eras zodiacales, una etapa de prueba, de confusionismo, de apasionamiento, de alteración de valores, de síntomas palpables de decadencia y de resurrección.

La gran civilización pisceana tendría por lema la casa duodécima del zodiaco. El signo de Piscis pertenece a la triplicidad del agua y a la cruz mutable gobernándolo el planeta Neptuno.

La tónica de ese signo sentimental y emotivo es su gravitación hacia el sacrificio y la punición, el martirio y la lamentación, características de la casa duodécima del zodiaco.

En lo social hubo en aquel período un incremento de sectas, de místicas hermandades. Piscis es un signo marcadamente mesiánico. Así que, de aquel caos y revulsión inicial, de la fraternidad esenia gnóstica, profética y terapéutica, surgiría el divino Maestro Jesús el Cristo quien, investido del poder del Padre y del Espíritu Santo, unificó todos aquellos elementos pisceanos dispersos y de acuerdo con el lema sideral, dio al mundo la fórmula de un gran

renacimiento espiritual y de una nueva reestructuración de la sociedad.

Sabido es que los primitivos cristianos gnósticos se reconocían, en el período turbulento de los comienzos del predominio de ese signo, dibujando sobre la arena o sobre el polvo de la tierra, un pez. Ese símbolo zodiacal menudeaba en las catacumbas, donde se reunían los cristianos en secreto.

San Jerónimo, San Agustín y Tertuliano empleaban el término "Pez" o "Ictus" para designar al Maestro. Aparte de ello, doquiera hallamos en las representaciones religiosas cristianas, el signo de los peces, del agua y de las cosas del mar. Se designaba a Pedro como "pescador de almas". La mitra aparece con la forma de la boca de un pez. La "Nave" designa el ámbito superior de las iglesias, etc. Aun en el primitivo período del románico, admiramos el pez y las representaciones zodiacales en algunas representaciones simbólicas de los templos, como por ejemplo, en las iglesias románicas de Tarrasa.

El más destacado mensaje pisceano en oriente, fue, sin duda, el budismo, reforma o religión que fundó el Príncipe de Kapilavastu, en el norte de la India, próxima al Nepal. Su verdadero nombre fue Siddharta Gautama llamado el Buda por su alta categoría espiritual.

Su mensaje cíclico concuerda exactamente con las características del signo de Piscis y con la Casa duodécima del zodiaco.

Contemporáneo de Pitágoras, Buda fundamentó en el siglo V antes de nuestra Era —hay que considerar que, dentro de la precesión equinoccial, el Sol, en su lentísimo movimiento, inauguró ese signo unos 130 ó 150 años antes de la Era fijada por el calendario gregoriano— su misión pisceana en oriente. Su teoría de la evolución desde los orígenes de la conciencia y de la vida se basaba en la creencia induista

de la metempsícosis o reencarnación, habitual en la India. El Buda y sus discípulos practicaban también la regla del silencio, de la renuncia de los bienes materiales, de la mortificación. Predicó ese altísimo avatar oriental el amor y el respeto a todo ser viviente. Incitó a la caridad y al reconocimiento del bien en la misma naturaleza humana y en la voluntad divina.

Predicó con el ejemplo la tolerancia y la eliminación del odio, así como la práctica de las virtudes. Consistió su principal afán en buscar las causas del dolor y combatirlo mediante la acumulación de karma positivo o de la práctica del bien. Su meta fue la bienaventuranza. Su proseguido amor a todos los seres y a todos los reinos mereció que se le reconociera doquiera como el Maestro de la Compasión.

Su vida fue santa y divina. Instituyó en su dilatada vida *sanghas* o mansiones de retiro, meditación práctica y estudio de las leyes de la vida superior. En tales retiros sus discípulos formaban hermandades y vivían las enseñanzas del Buda en común. El las iba visitando periódicamente, marchando a pie por los caminos en estado de trascendente meditación, bendiciendo al mundo con su aura extensísima y radiante. Se sumía a menudo en estado de beatitud o *samadhi*, de unión con Dios.

Su misión cíclica se patentiza a través de su denominación de *Chakravartia* "el que hace girar la rueda de la Ley" ya que en realidad, vino a impartir, como los otros avatares místicos en los traspasos de Era, la nueva gran oleada de Vida del Universo sobre la tierra espiritualmente empobrecida.

En la misma época apareció en Grecia, civilización pionera de la Europa naciente, el primer gran filósofo y pedagogo Pitágoras. Todo su afán se cifró en educar integralmente a una selección de jóvenes de ambos sexos para que sirvieran de injerto en la decadente y desorientada sociedad de entonces.

Su ideal fue el hombre y la mujer armónicos dentro de un desenvolvimiento filosófico y estético de la más alta calidad. El mismo fue símbolo de ese ideal completo y perfecto, un auténtico modelo de humanidad.

Sus vastos conocimientos en ética, estética, filosofía, ciencia y matemáticas le permitieron instituir una Escuela modélica, donde realmente "se aprendía a vivir la vida superior de acuerdo con los dictados estelares". De ese modo, contribuyó en gran manera a hacer evolucionar las costumbres instituyendo una moral práctica y un elevado concepto de las ideas madres inspiradoras de la más ejemplar filosofía del hombre integral. Hizo practicar los silencios en su forma creadora de empalme con el Espíritu Universal y de introspección para el mejoramiento de la calidad humana, la belleza como medio plasmador a través de la música, la danza, el medio de belleza por la escultura, la pintura, las artes aplicadas. La filosofía era en su Escuela como una fe razonada.

El lema de Pitágoras fue "el amor a la sabiduría y su práctica". Su Escuela tuvo diversas ramificaciones y avatares así en Grecia y sus colonias como más tarde en Alejandría.

Simultáneamente en la lejana China, en el lejano oriente, una aurora espiritual resplandecía sobre unas costumbres tiránicas o anárquicas, sobre una tierra espiritualmente exhausta.

El avatar de la Nueva Era Pisceana la encarnó allí la gran figura del reformador religioso Lao-Tse junto con su proseguidor y discípulo, el gran maestro Confucio. Ambos nombres, ambos destinos van unidos en aquel gran traspaso histórico completando la misión del avatar pisceano. Sus extraordinarias enseñanzas se sintetizan en su obra poemática: "Tao-Te King".

La divisa del signo de Piscis es el Amor Universal encarnado en el lema básico del Cristianismo "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a tí mismo". En realidad, todos los Instructores venidos al mundo en los albores de ese signo zodiacal han sustentado idénticos principios.

El otro lema es, en cierto modo más característico de ese signo: "No hagas a los demás lo que no quieras para tí", interpretación pisceana o negativa —no hay que olvidar que, astrológicamente el signo de Piscis es negativo o femenino. Su contraparte positiva sería: "Haz a los demás lo que para tí mismo quisieras".

Refiriéndonos al signo opuesto o complementario al de Piscis es Virgo, la Virgen que preside la casa sexta cósmica y cuyo regente es Mercurio o Hermes, en su aspecto femenino. Por ello, el culto a la Virgen, a la Madre eterna o celeste es la tónica mística o esotérica del signo de Piscis en todo el decurso de su predominancia histórica.

Esa generalizada devoción a la Madre es, pues, de raíz sideral o astrológica y responde claramente a las características complementarias del signo. Al personificar esa excelsa figura de la Madre, se la representa a menudo flotando sobre un cielo azul estrellado y también con la Luna a sus pies ya que ese Luminar nocturno es el mediador psíquico, el detector y emisor magnético de la Tierra en relación con el Universo.

El lema astrológico de la casa VI que preside el signo de la Virgen es "el servicio", la sumisión, la humildad. Su expresión psico-mental es la consagración a la humanidad.

CAPÍTULO VIII

ACUARIO, EL SIGNO NACIENTE



LA "RASGADURA DEL VELO" O LA CRISIS DEL TRASPASO

UNA NUEVA PRIMAVERA DEL MUNDO

Nos hallamos ahora rozando la mitad de la gran Rueda Zodiacal llamada también Año Heliacal, desde aquellos tiempos iniciales del hundimiento de la Atlántida y de la fundación de la colonia atlante de Egipto.

Actualmente alborea ya, en el equinoccio de primavera, el signo de la nueva Era en tanto la impronta celeste del signo de Piscis, de glorioso mensaje, ya caduca.

Síntoma de ese traspaso cíclico, son los conocimientos principios y teorías de antiquísima tradición, promulgados doquiera desde los Misterios hasta las más altas escuelas de sabiduría. Barájanse, en esta hora de síntesis, los predicados afines con el simbolismo celeste del signo que roza el horizonte. Ya que, siendo un signo de aire, de mente superior, hace vibrar al unísono la triplicidad de aire del zodiaco, Géminis y Libra, o sean, las tónicas intelectuales, supermentales y artísticas, puestas al servicio de la nueva edad acuariana, aunque con fórmulas sorprendentemente inéditas.

Al comienzo de un nuevo ciclo de civilización, se opera sobre nuestro planeta una nueva oleada de Vida universal. *Fohat*, el gran poder cósmico, anima nuevas formas de vida. Al principio todo se reasume en la Unidad primaria y aparentemente esa fuerza se manifiesta en un caos.

Pero siempre, al finalizar un ciclo zodiacal, la conciencia de la humanidad se enriquece con sus frutos seculares.

El ánfora del Aguador Celeste, símbolo del signo de Acuario, derrama ahora sobre el mundo un gran impulso vital, un nuevo aliento de vida. Simbólicamente es la urna, el *argha* o arca, suma de las sabidurías pasadas, la herencia sideral ofrecida a la nueva humanidad acuariana. De ese modo recobrá lo que en el cielo se halla escrito para ella: el desgajamiento de las fórmulas rígidas, el contacto experimental con todo cuanto vive, la experiencia directa.

La conciencia de la humanidad acuariana gravitará hacia las causas —el mundo mental superior, el *nous* de los griegos, la mente iluminada—. La vida acelerará su pulso. Y superadas al fin las pruebas del caos, del materialismo y de la duda, la nueva humanidad irá poco a poco recobrándose, articulando su propio, inconfundible ideal. Entonces, la ciencia se pondrá al servicio de un superior anhelo de vida entrevisto a través del arquetipo acuariano, del paraíso presentido. Ya que es propio de la casa cósmica undécima que rige en la tierra las manifestaciones de ese signo nuevo, donde hay que buscar esa poderosa aspiración, esa esperanza de vida mejor que caracterizará al individuo acuariano.

Los requerimientos de la nueva sociedad se hallarán fundamentados en un concepto ético inestimable: la amistad, característica de dicha casa y signo. A menudo ese sentido acaso vitalizado por otro con-

cepto del romanticismo podrá derivar hacia el alto concepto del amor llamado platónico, esa *sofrosine* de tan altísimos valores de creación interna y externa. En verdad los acuarianos se hallarán dotados, en su exquisita sensibilidad, para vivir esa inefable experiencia, ese lazo no precisamente emotivo sino intuitivo, supermental, creador y arquetípico. Será como la vivencia de la flor de la amistad. El sentimiento transferido a universalidad, a captación intuitiva, la afinidad de raigambre universal, sutil enlace con la armonía celeste.

De ese superior sentido de la amistad, cualidad inédita todavía en la mayoría de los individuos de hoy, brotará un nuevo sentido de la colaboración, del mutuo entendimiento, de otra realidad por la que se le abrirán ámbitos desconocidos al ser humano.

Hay que entender desde ahora algo difícil: que el nuevo sentido de la amistad y del amor nada tendrá que ver con lo que actualmente y en el pasado hemos vivido y concebido, amor tan saturado de odio, de deseo, de insospechado egoísmo. Los Padres espirituales de la Nueva Era propugnan ese otro sentimiento acuariano y lo celan como la flor de los sentimientos de la nueva humanidad del que pueden brotar numerosas, esperanzadoras ramas creadoras en los diversos campos de actividad.

Esa condición esperanzada, utópica de la casa undécima inherente al signo de Acuario, es obvio que estimulará insospechadas cualidades, acrecentando nuevas concepciones del pensamiento y de la vida en los ciudadanos del mundo que resurge.

Esa condición esperanzada del signo nuevo acelerará en gran manera por el desenvolvimiento de la intuición, la senda hacia el progreso. La nueva condición receptiva de la humanidad, la hará acreedora a la más patente guía espiritual. Y una vez superado el período de prueba o de traspaso, una vez

quemada y purificada la carroña cíclica, el detritus de los tiempos superado, el individuo nuevo hallará expedito el camino hacia esa realización sintonizada con los predicados siderales. Y el aura del mundo se habrá purificado, y muchas insospechadas formas de la vida del Universo nos serán familiares y se hará patente una nueva inspiración hacia la luz, hacia la felicidad, hacia la completación del individuo asistido por enormes fuerzas positivizadas.

Hemos mencionado la sintonización psíquica, siendo Acuario signo de aire o de mente, con otros dos signos de vibración aérea. Tales signos son llamados humanos precisamente por su significación y alta calidad vibratoria. Hemos de añadir también que las casas que presiden esos signos de aire son las relacionadas con lazos de familia. Mas esos lazos, tendrán sin duda otra interpretación distinta a la que usualmente le damos. Ya que, predominando en el individuo acuariano el nuevo sentido de la Amistad, las relaciones kármicas o por destino se manifestarán en formas inéditas, más amplias y hondas, más ricas de significados, como si pusiéramos en actividad resortes y pulsaciones de experiencias desconocidas en las almas, estados íntimos insospechados, alumbrando facetas de nuestra personalidad que han permanecido hasta ahora obscuras.

Además, el afán de idealizar, de crear nuevos módulos de vida, incrementarán el arte de tal forma que al aunarse con los nuevos descubrimientos científicos se pondrán al servicio de estados de vida inimaginables, de cuadros de felicidad y de belleza que no tendrán nunca una finalidad estática y de remansamiento, sino que estimularán a mayores y asequibles conquistas dentro de la infinita evolución que el plan divino reserva para la humanidad.

La tónica del planeta Urano, regente del signo de Acuario es ante todo, por su condición libre y en

cierto modo revolucionaria, resolutiva y drástica. Todas las cárceles y limitaciones, así externas como internas; lo falso, lo hipócrita, lo aparente, las formas cristalizadas, las rutinas, todo lo vacuo perdurado y limitativo, incluso todo aquello conservado bajo los lemas de la tradición —pero que nada tiene que ver con la tradición viva, perdurable— desaparecerá a medida que la humanidad se vaya incorporando las nuevas corrientes del signo.

Muchas cosas se lograrán sin embargo en forma sorprendente, súbita, inesperada, que tal es la condición del planeta y del signo. Los imponderables tomarán aparentemente formas destructivas, drásticas, aunque, para el que sea capaz de leer el lenguaje de las estrellas, entenderá la contraparte creadora, enormemente positiva de ese lenguaje apenas conocido. Cada *choc* traerá consigo un gran elemento de reconstrucción y contribuirá en gran manera al despertar de una larga parálisis de inercia y de inestabilidad. Romper para reconstruir, tal será el dilema acuariano. Y el nuevo acomodamiento de las cosas, se realizará *viendo* más allá, tendiendo puentes al futuro, estimulando la intuición y el adivinamiento, con una dosis insospechada de alegría y de ansias creadoras.

Los pioneros de la nueva Era lo entrevén ya, aunque manifestado en forma torcida. Ciertas formas de comportamiento de la juventud actual violentas y negativas, por ejemplo, algunas formas de delincuencia infantil, de gamberrismo, de osadía, de imperio de la propia voluntad sobre los demás, el abuso de la fuerza, la brutalidad, el desprecio ante el orden establecido. Mas el acuariano del futuro, evolucionado y armónico, obrará a conciencia, sentirá un gran respeto por los demás, será sensible a las pruebas inherentes al cambio cíclico y sabrá discriminar los medios de hacer prevalecer su indiosincrasia sin

dañar. Precisamente su tónica será la ponderación y la madurez anímica, lo que conducirá a un superior índice de comprensión y de profundo sentido humano. Que tal es la tónica transmitida por el Celeste Aguador.

El signo de Acuario es doble, andrógino. O sea, que tiene la doble característica masculino-femenina, mas en forma positivizada. Hasta en lo material se atisba ya una aproximación entre los dos sexos. La mujer se masculiniza en su indumento, en sus modales, en sus ambiciones, aptitudes, aproximándose a los menesteres masculinos. En cambio, el hombre se afemina en la acomodación de su atavío, en su peinado, en sus costumbres. Interviene más en los trabajos del hogar. Existe ya un mayor intercambio y solidaridad en las labores mutuas del hombre y de la mujer y ello se irá acentuando cada vez más en la Nueva Era ya que forma parte del mandato del signo zodiacal que comienza. Dispónganse desde ahora a considerar desde otro punto de mira los que parten de los antiguos conceptos pisceanos, ya caducos.

Así, merced a esos valores mencionados, se irá imponiendo lentamente en el mundo un tipo nuevo de humanidad que responderá al ideal acuariano, al tipo supermental, intuitivo, de afiladas percepciones, bello y armónico, de signo optimista sin estrépito, tierno sin decadencias emotivas, superiormente dotado para las nuevas estructuras internas de la humanidad, de condición humana y comprensiva, con un enfoque propio y original de los escollos que presenta la vida, cauto sin reticencias ni reservas mentales, formado por una nueva pedagogía integral y armónica a la que colaborará la propia condición formativa del aire y el aura renovada del mundo.

El signo zodiacal de Acuario, gobernado por el planeta Urano, ofrece una interpretación polidimen-

sional. Todos los planos del cosmos, todos los cuerpos o envolturas del hombre, todos los organismos que estructuran la Naturaleza y la humanidad, serán —son ya— afectados por ese planeta excéntrico que vigoriza enormemente la individualidad de los seres a quienes influye y que preside la época de privilegio que estamos viviendo.

Hemos insinuado que la originalidad es su lema; las bruscas e inesperadas transformaciones, una de sus características de alcances insospechados. Urano otorga una gran vitalidad, una afilada sensibilidad, una gran imaginación. Es característica de ese planeta la condición intuitiva que le caracteriza, el chispazo comprensivo, el empalme con el vínculo causal. Su naturaleza es resolutive y honda. Posee el acuariano una caudalosa corriente de pensamiento abstracto capaz de liberarlo de todo lo establecido poseyendo la conciencia de su mejor transformación.

Urano es generoso, pero en una modalidad distinta a la corriente, porque es rico especialmente en dádivas ocultas. Nunca se habrá sentido el mundo, como en la Era Acuaría, tan rico en aportaciones a base de las Ideas Madres, los conceptos-gérmenes, las afluencias de los mundos superiores.

Mencionemos que, una de las curiosas características que otorga el planeta Urano es una ausencia de opinión multitudinaria, ya que su característica es la originalidad. Pero junto a ella se manifestará el futuro acuariano más integradamente, más rico en percepciones. Precisamente su supervaloración de la amistad, vínculo característico de la nueva humanidad, conducirá a la derivación del trato hacia cauces más limpios, hondos y procelosos y fecundantes.

El lema clásico astrológico de Acuario es "Yo aspiro". Esa capacidad de aspiración, de idealismo aplicado, se verá incrementada por la naturaleza po-

sitiva del signo. Tal condición hará del acuariano cíclico, un experimentador, un acelerador consciente de experiencias. La mente adquirirá, por natural condición, un concepto inmediato, completo de los hechos y de las personas.

Espera al mundo un gran adelanto, un gran crecimiento espiritual, una portentosa transformación. Y las fuerzas cósmicas protectoras puestas en juego por la pulsada ordenación de las nuevas vibraciones, pondrán a los hombres más predispuestos al nuevo mensaje en contacto con los planes de la mente divina, con resultados jamás logrados hasta ahora.

CAPÍTULO IX

LEO, EL TRONO DEL SOL

EL CORAZÓN DEL UNIVERSO, VUELVE A LATIR

Como ha ocurrido siempre desde los orígenes del mundo y de la humanidad, cada ciclo zodiacal ha ido imprimiendo a cada civilización su tónica, sus símbolos, sus características.

La nueva civilización tendrá por tanto cada día más acusada, la impronta del signo del Aguador Celeste.

Sin embargo, como hemos dicho en anteriores capítulos, la vida interna, el sello espiritual de la nueva humanidad será presidido por el signo opuesto y complementario de Acuario, Leo, el trono del Sol, precisamente el signo de los inicios, que representó el cuerpo de la Gran Esfinge del naciente Egipto.

Ello indica que, en su marcha evolutiva, la humanidad está mediando o aproximándose a la mitad del Gran Año Heliacal, determinado por el recorrido completo del círculo del zodiaco por el Sol en el lento movimiento de su precesión.

El predominio de Leo, el signo complementario de Acuario y que forma la línea magnética del diámetro cósmico, otorgará a la nueva humanidad acuariana los más altos valores espirituales representados por el Sol, Padre de nuestro sistema. El sintetiza, unifica y condensa todos los esplendores de una elevada civilización de alto signo, ya que el Sol alienta

y purifica, ennoblece y abriga y otorga el crecimiento interior, la calidez de las más elevadas realizaciones. El Gran Luminar condensa, en su interpretación astrológica cíclica y esotérica, todas las sabidurías del pasado, el contenido de excepción de los Misterios, otorga a las religiones positivas el sentido hermanador de la Superreligión eterna, aquella que no se define ni en el tiempo ni en el lugar. Por ese influjo solar, las ciencias alcanzarán las cimas de lo que se ha tenido por misterio, reconocerán los super-sentidos comunmente no desenvueltos del hombre, otorgarán la posibilidad del dominio espacial, el intercambio con los otros mundos, el descubrimiento de medios de relación todavía incógnitos, así como el descubrimiento de poderes capaces de abrir ámbitos inmensos a los hombres del futuro.

Consecuentemente el influjo espiritual del Sol traerá el imperio internacional de la colaboración, la comprensión y la concordia. No hará falta hablar tanto de fraternidad, porque será asequible ambientalmente la convivencia, ya que por gravitación natural todos los hombres reconocerán cada día más la verificación de esa gran fuente espiritual de vida común a todos, la unidad esencial de todos los hombres —y acaso de todas las humanidades planetarias— cuyo símbolo es la luz blanca solar que, al descomponerse en el prisma, se manifiesta por igual en todos los colores. Así se considerarán englobadas en esa luz única de atención y de amor todas las razas, las creencias, las civilizaciones en una sola comunidad espiritual presidida por el gran Padre del Universo.

Otra fundamental característica del signo opuesto y complementario al de la precesión equinoccial es que preside, en la época crítica de los traspasos, el avatar o encarnación divina, el gran ser o seres que, haciendo operativo el bautizo espiritual mediante el

símbolo del elemento que preside el signo iniciado, comunican a los hombres y al aura del mundo las virtudes del descendimiento de la gran oleada espiritual cosmobiológica de la vida infinita.

Sin embargo hemos de hacer notar que la tónica acuariana no es precisamente mesiánica, sino revolucionaria y transformadora. Así la fuerza del descendimiento podrá ser impartida acaso por varios enviados, individuos especialmente evolucionados, investidos de las altas cualidades de esta poderosísima fuerza compensativa, diametral, cosmobiológica que, pasando por el centro creador de gravedad, irradiador, centrípeto y magnético, otorgará sin duda a tales enviados el don de convertirse en vehículos transmisores del alto lema de la nueva civilización. Tenemos la certeza de que ese cíclico descendimiento de la Nueva Era aparecerá sorprendentemente luminoso y orientador mediante ideologías y poderes creadores capaces de encauzar por las vías del mandato celeste a la futura humanidad.

Por ello podemos anticipar que, de acuerdo con la exégesis de la astrología cíclica, una soberana síntesis nacerá que tendrá su representación vibratoria en todos los campos del pensamiento, del sentimiento y de la espiritualidad humana. Ese imperativo sideral de síntesis superbiorológica, constituirá el alimento de las almas sensibles al celeste mensaje, y manifestarán sintonizadamente, según las propias características, formas regenerativas ahora insospechadas.

La fuerza operante del Sol, ese poderoso fuego blanco que imparte el nuevo signo alumbrará en los hombres sellados por el planeta y por el signo nuevos, determinados centros ocultos llamados en la India *chakras* o flores astrales, en germen en la mayoría de los seres humanos. Esos centros de fuerza serán los que despertarán los supersentidos y espe-

cialmente, esa condición típicamente acuariana y leonina, la intuición, el poderoso impulso realizador.

Dichas facultades latentes tendrán la virtud de captar otros semejantes despertados centros de fuerza de la Tierra Madre. Es esta la incógnita herencia celeste de los hombres futuros.

Es obvio que tales posibilidades requieran, por sintonía espiritual, equivalente a tales facultades posibles, virtudes o cualidades paralelas, ya que de lo contrario, un aumento de poderes y de dádivas podría torcerse, emplearse esa riqueza adquirida en forma egoísta o inadecuada y convertir entonces la Tierra en un mayor infierno.

Mas no hay que preocuparse demasiado por ello, ya que la ley de las compensaciones actúa siempre y sobre todo, la dosis sacrosanta de la divina Providencia que vela por nosotros como por los seres todos del infinito espacio, de la condición que sean, desde los soles y los mundos hasta los átomos.

Dichas cualidades acuariano-leoninas de la Era que alborea tendrán por principal característica la *aistesis*, esa superior facultad todavía apenas ejercida que nos hace comunicar con todo cuanto vive y que se ha definido alguna vez como el sexto o séptimo sentido. Es un saber y una comunión instintiva. Ya Aristóteles, en su *Metafísica*, habla de ella como de la "tradición distintas veces perdida y reencontrada".

Conciencia profunda del ser extensivo a humanidad, la *aistesis* se manifestará como percepción de la ciencia única, de la superreligión, de la más alta filosofía a través de las Ideas Madres a que aludió Platón. En cuanto a las relaciones humanas, ese ejercicio resalta las afinidades electivas.

La ciencia de los astros dotará a la humanidad del sentido del *tiempo viviente*, aunque podríamos denominarle eternidad o permanencia, ya que los

descubrimientos científicos captarán del mismo modo el pasado que el presente sintonizándonos con el futuro, ya que el tiempo, como las distancias constituyen la unidad del espacio no son más que un *maya*, una ilusión.

La astrología cíclica define los años heliacales como eternidades vivientes o *eons*. O sea, que nunca se opera un retorno en forma de calco cíclico, sino un misterio en espiral, ya que la historia no se repite, a pesar de las concomitancias cíclicas y astro-lógicas. El gran plan divino de la evolución siempre nos reserva inéditas perspectivas y esa es la gloria de vivir.

El Corazón del Universo vuelve a latir con un pulso de orígenes creadores y el mundo presiente ese gran latido cósmico y la puesta en marcha del imperativo sideral de elevación de la Nueva Era de Acuario-Leo, que presiden Urano, que la mitología consideró el dios de los espacios sidéreos y el Gran Luminar, el Sol, Padre de nuestro sistema planetario, donador de la luz, del calor y de la vida, que sostiene los mundos como entes celestes y como moradas benditas de otras misteriosas humanidades en constante evolución.

Como insinuamos ya, nos hallamos actualmente en el punto culminante del gran ciclo de rueda zodiacal, lo que los hindúes llaman *manvantara*. Y si en un principio el signo de Leo salvó las semillas de las civilizaciones en declive del *manvantara* pasado, para sembrarlas en las próximas posibilidades de un mundo virgen y renovado en el período inicial del traspaso cíclico Leo-Cáncer, llegados ya por sintonía vibratoria al influjo espiritual de ese mismo signo de Leo, ello indica que la humanidad roza su mayor edad, el despertar de ese superconocimiento. Y si aquel primer aliento de los signos Padre y Madre del Zodíaco (Leo-Cáncer) nos dio la impronta

del despertar, aquella semilla espiritual tiene que granar ahora en forma real y consciente. Tal es la voluntad del Padre que está en los cielos.

La oleada espiritual de vida del signo complementario Leo significa un gran descendimiento de fuerza de las altas esferas cósmicas sobre nuestro planeta y sobre la humanidad que en él habita.

Esa oleada de vida cósmica tiene diversas manifestaciones. La primera y más notoria, un despertar del pasado sabio, una aportación de las sabidurías antiguas consideradas a través de la síntesis peculiar Leo-Acuariana; insólitas aportaciones científicas capaces de abrir mayores ámbitos al desenvolvimiento de las facultades humanas; una gran posibilidad de captación de posibles mensajes ultraterrestres y superterrestres a través de las propias facultades humanas desenvueltas. Un amplio sentido, en fin, desenvuelto en diversas facetas, de universalidad.

Astrológicamente considerado, el signo de Leo ocupa, en el horóscopo arquetípico, la casa quinta. Tratándose del corazón del zodiaco, esa casa cósmica se halla consagrada al amor, a los hijos —en su más abstracto significado también— a los juegos, a las exhibiciones, a los espectáculos de arte, a las instituciones pedagógicas, a la educación, al bienestar, a la opulencia, a la armonía.

La aplicación de tales predicados, insinúa ante todo el valor que la nueva era otorgará a la educación, a la nueva formación, libre e integral, de la humanidad acuariana, a su cultura espiritual, al eterno sentimiento cósmico del amor. La filosofía del corazón unida a la de la mente superior en la Nueva Era, especialmente en el aspecto espiritual, conducirá lentamente a la humanidad al más elevado concepto de la superreligión que hermanará a todos los hombres y mujeres del mundo, más allá de su raza, de su país, de su tradición. Así los hombres del ma-

ñana se hallarán más cerca unos de otros, más aptos para su tolerancia, la amistad y la mutua comprensión.

Según los notables estudios realizados en este aspecto de la Astrología Cíclica por Paul Le Cour, se va haciendo notorio en muchos individuos ese sexto sentido de la *aistesis*, que es una especie de *gnosis* intuitiva y directa. Y esa condición favorece en gran manera la estructura interna del mundo que comienza. Dice textualmente: “Hemos de estar dispuestos para un acontecimiento inmenso en el orden divino hacia el cual marchamos a una velocidad acelerada”. Según dicho autor, ninguna religión desaparecerá. Todas serán depuradas, enriquecidas, rejuvenecidas en espíritu por ese injerto de vida superior que emana del trono del Sol en forma de oleada de vida cíclica.

A medida que todos esos luminosos atisbos de la Nueva Era, se vayan consolidando en una gloriosa realidad, entraremos, atravesado ya el *kali-yuga* —edad tenebrosa, según los hindúes— al *satva-yuga* o luminosa edad.

Antes de anticipar un vislumbre a la luz de la Astrología Cíclica, de las posibilidades del mundo en la Nueva Era que se inicia y para que forme el lector un juicio más amplio y profundo del momento que nos ha tocado vivir, creemos oportuno ofrecer aquí un cuadro discriminativo de las formas en que se traducen actualmente los predicados astrales, las características propias de este período de traspaso llamado de entre-eras en el que chocan y se entrecruzan o entreveran las que pertenecen al feneciente ciclo de Piscis y las que se insinúan del ciclo acuariano. Ya que la Naturaleza no da saltos y al confundirse por órbita el influjo de ambos signos, existe ese aparente desquiciamiento de los valores sociales y humanos que los más pesimistas atribuyen

a un definitivo declive de la evolución, cuando en verdad son síntomas de quema de detritus cíclicos, de toma de pie para un nuevo vuelo o realzamiento.

He aquí las

Características del presente traspaso

Todas las manifestaciones y atentados contra la constituida sociedad (gangsterismo, gamberrismo y sus numerosas secuelas) — Las desviaciones — Las desgracias — Las falsificaciones — Los rompimientos — Las faltas por inhibición — Los forzados cambios — Todas las formas de la adulteración y el vicio — Incremento del materialismo — La confusión — Las cosas oscuras, indefinidas — El caos en sus mil modalidades — Todo lo deshecho — El temor inmanifiesto — Los derrumbamientos — La desesperanza — Los sentimentalismos enfermizos — Las inconcebibles durezas de corazón — Lo vago y confuso — El trastrueque de leyes y principios — Incipientes ansias de un despertar, que vinculan al individuo con las fuerzas del bien actualizantes, con la energía regenerativa y los Padres Espirituales de la Nueva Era.

Características de Piscis, la Era que muere

La tristeza — El temor — La angustia — El espionaje — Las cosas ocultas subversivas — La desintegración — Las falsas jerarquías — El aspecto sombrío, deprimente, de la vida — Lo gris — Las culpas, los remordimientos — Las venganzas — Los enemigos encubiertos — Los espectáculos terroríficos, depresionantes — La vida a expensas de los demás y las ganancias mal adquiridas — Las peniten-

cias — Los arrepentimientos — Las penas — Las drogas y su equivalente moral — Los enclaustramientos, asilos, confinamientos — Los destierros involuntarios — Los confinamientos — Las persecuciones — La pobreza obligada o elegida — Las renunciaciones, las limitaciones — Las cárceles — Los apagamientos — El surmenaje — La vida como penitencia — El *karma* como castigo — Los enemigos — Los hospitales, clínicas, sanatorios — Todos los medios de pesadumbre — La inconsciencia — Los torcimientos morales — Algunas formas del arte deshumanizado — La malicia — La timidez — La incertidumbre, no lo aclarado — Numerosas formas del psiquismo negativo — El predominio del inconsciente — El culto a la personalidad en todas sus modalidades — Todo lo enfermizo — Todo lo relativo a la Casa XII, Infierno del Zodíaco.

Características de Acuario, la Era que nace

La alegría — La esperanza — El optimismo en todas sus manifestaciones — El carácter afirmativo — La confianza — La intuición — La inventiva — La imposición de tónica positiva — La revolución constructiva — Captación de las verdades por síntesis — Predominio del *nous* la mente iluminada — Independencia — Inconformismo — Naturaleza progresista — Originalidad — Imaginación — Espíritu de contradicción — Inaceptación de prejuicios — Antitradicionalismo — Formas bruscas tendientes a otra cortesía — Autosuperioridad — Creación, invención — Utopías y anulación de barreras para hacerlas vívidas — Innovación en creencias y métodos de vida en general — Armonía, equilibrio, medida — Serenidad — Investigación en nuevos campos — Pedagogía integral — Avances sociológicos — Amor

al cambio — Numerosas aptitudes — Amor platónico — Amistad — Acuario, el Aguador Celeste, que anhela verter de su ánfora el agua de la Vida Nueva, Casa XI del Zodíaco.

*Características de Leo, signo complementario de
Acuario*

Irradiación — Claridad — Unidad — Síntesis iluminada — Sabiduría selectiva — Sentido de eternidad — Ideas Madres — Superación de sentimientos — Religión esencial — Esencialización — La experiencia como juego — La Gracia como descendimiento — Completación — Una nueva aristocracia de las almas — Los núcleos afines — Proceso experimental acelerado — Magnetismo de la presencia — Vinculación superior — Asistencia espiritual — Hermandad y colaboración espacial — Receptividad superior — Profundidad — Otro romanticismo — Presencia de nuevas fuentes de vida — El cáliz humano remontado, símbolo del sol naciente — Lema: *Como si...* Hacia la utopía por iluminación o imperio del individuo solar.

CAPÍTULO X

VISLUMBRES DEL MUNDO EN LA NUEVA ERA

Siendo el signo de Acuario que preside la Nueva Era un signo de aire y por tanto de tónica mental, es obvio y ostensible ya el predominio de lo científico.

Al descubrir la teoría del átomo, Einstein, el gran sabio, temió sin embargo por el desorbitamiento de la nueva ciencia y sus peligros al preponderar sobre aquellos dos factores esenciales del equilibrio de la sociedad, la religión y el arte, derivaciones de la trinidad cualitativa establecida por Pitágoras y Platón a través del famoso triángulo: la Verdad, la Bondad y la Belleza.

Entreviendo las posibles funestas consecuencias de tal desequilibrio, dejó al morir este inmenso testamento a la humanidad: "El poder desencadenado del átomo, todo lo transforma *excepto nuestras maneras de pensar*. Una nueva modalidad de pensamiento es esencial si la humanidad tiene que sobrevivir".

Esa modalidad de pensamiento a que aludía el gran Einstein es aquella que, como celeste mensaje, transmitirá a sus esforzados pioneros, la nueva Era de Acuario.

Todos los períodos de traspaso llamados de entre eras, han sido siempre, como ahora, de caos, de desequilibrio, de inmoralidad, de materialismo, de duda. Pero aunque a muchos no les parezca así, en estas épocas revulsivas se queman muchos detritus

del pasado. Y aunque en lo exterior todo parezca tambalear, en lo hondo, las corrientes astrales y subterráneas arrastran esos desechos al mar cósmico que todo lo purifica.

De este modo, poco a poco irán resurgiendo los valores positivos que preponderarán sobre los negativos. No olvidemos que el signo de Acuario es de transformación y cambio y conduce al imperio de la ley de tipo superior. El acuariano tendrá ante todo conciencia íntima de ese código secreto, de ese vigilante silencioso que da las órdenes desde dentro y que es capaz de conducir las conductas, los pensamientos y los hechos por los superiores cauces de la voluntad divina.

Uno de los logros más preciosos de todo traspaso de Era —hagamos hincapié en la que alborea, gobernada espiritualmente por el Sol— es la transformación misteriosa que opera la mencionada oleada de vida del Universo sobre la humanidad, a través del místico descendimiento del Espíritu Santo o tercera Persona de la Divina Trinidad y del que son vehículo los llamados en oriente *avatares* o encarnaciones divinas. Este estudio es sin duda el más avanzado de la Astrología Cíclica.

Los griegos le llamaron “espíritu dionisiaco”, de plenitud y de alegría, de entusiasmo de florecimiento interior, primavera del espíritu. No adviene nunca esta fuerza poderosa de resurrección superbio-lógica, a través de sistemas establecidos. Según los griegos es un potencial solar que opera una transformación de incremento y de poder catártico o purificador sobre las almas. Y es ésta, indudablemente una de las modalidades más profundas que ofrece el estudio de la ciencia de los astros.

Ese poder conducirá lentamente a la eliminación del miedo, de la angustia, de todas las vibraciones

restrictivas y minimizantes que tienen ahora poder sobre las almas más finas.

Porque la terapéutica astral se irá ejerciendo sobre el doble del mundo, sobre el aura psíquica de la Tierra. Entonces no implicará peligro la aplicación de los poderes atómicos, sino que servirá al progreso y al bienestar, gobernado o intervenido por las cualidades acuariano-solares que hemos mencionado.

El espíritu de investigación adquirirá modalidades ahora insospechadas a medida que esas características positivas vayan barriendo las predominantes negativas del masoquismo, de la trivialidad, de la torcedura, de la arritmia en la danza, del predominio de las drogas, de las mil formas tenebrosas y corruptivas del subconsciente temor, de las mil modalidades patológicas de la psiquis.

La ciencia, al abordar planos y misterios espaciales, dará motivo a originalísimas utopías especialmente fundamentadas en temas que interesan las fuerzas conjuntas universales y terrestres. Una extraña abertura se producirá en el doble o aura del mundo y será como un propulsor de aceleramientos ahora insospechados.

Y esos prodigios actuales de la cibernética, de las científicas exploraciones del espacio, de la misteriosa civilización atómica, fruto de una total transformación mecanizada de la vida, deben traer consigo una readaptación del hombre al nuevo signo, cuyos vislumbres otean las novelas o utopías de la ciencia-ficción, simples anticipos y tanteos que superará la realidad.

Ese fenómeno astrológico efectuado en el doble del mundo afectará no sólo a las ideas, sino a las costumbres. Nuevos enfoques se presienten a la luz de los vaticinios astrológicos.

Entramos en el imperio de la síntesis, de la captación intuitiva de la realidad de los modelos arquetípicos de que hablaba Platón, así en las ideas como en las formas en que se plasmen.

El primer requisito será una revalorización biológica de la Tierra, el descubrimiento de nuevas fuentes, no sólo de energía, sino de viabilidad, de belleza. El hombre y la mujer de Acuario intuirán, pero también contemplarán y amarán nuestro planeta como más eficaz morada de sus sueños de paz, de entendimiento, de comunión de los seres todos con las cosas circundantes.

La existencia en la nueva Era de Acuario parecerá, en cierto modo un milagro por la acción o influjo del arte nuevo. La exploración del espacio, así como de las profundidades marítimas y terrestre, ofrecerán insospechados temas de inspiración al arte que ofrecerá al mundo una pedagogía ambiental y silente de inmensos resultados. La pintura como la música, la escultura, la arquitectura y sobre todo, la poesía presentarán formas inéditas de inspiración y dádiva. El arte adquirirá nuevo significado, volumen formativo, refinando las almas, invitando a la contemplación, al estudio en profundidad, a la percepción espiritual. Al decorar los ámbitos de las grandes salas subterráneas, al interpretar las armonías espaciales y telúricas del aire, estimularán nuevos y grandes sueños de perfección. La humanidad, en suma, será más espiritual y más humana a la vez, más consciente de su misión en el mundo y más allá de él. Y advendrá una nueva forma de idealismo práctico que sumará la correspondencia íntima entre la ilusión y la realidad, entre el cielo y la tierra, la muerte y la vida.

Las costumbres serán sencillas, las comidas puras y vitalizadas. Se enseñarán los métodos de la vida armónica, integral y dimanará en euforia o alegría

de vivir en contacto con la Naturaleza, respirando bien, pensando bien, gozando de los puros dones de la Naturaleza.

Muchas, infinitas realidades serán consecuencia del entendimiento de la humanidad de la Tierra, con otras humanidades que tientan su enlace con nosotros. ¡Cuántos modelos de vida actualmente ignotos florecerán como un prodigioso jardín del espíritu sobre esta tierra desabrida, maldecida, incomprensida por tantos y tantos!

Soñemos como anticipo lo que será en la nueva Era nuestro mundo. Es probable que consideremos pronto monstruosas, inoperantes, las grandes urbes y se efectue un retorno al campo, una mayor vinculación con la Madre Naturaleza. Constituirán los núcleos humanos, agrupaciones selectivas, familias biológicamente afines. No podemos imaginar cuantos y cuán cómodos y veloces serán los medios de comunicación. Y no hay que olvidar la revolución básica que en tal aspecto se operará al anular a voluntad la ley de gravedad terrestre.

Se abrirán enormes brechas en las zonas montañosas, actualmente inhabitables, ajustando a la morfología de los paisajes la tectónica terrestre de acuerdo con la acomodación de la nueva humanidad. Infinidad de terrenos áridos e incultos se fertilizarán, se plasmarán convirtiéndolos en auténticos vergeles llenos de gracia. Se llegará al máximo en el aprovechamiento de los ríos abriendo nuevos cauces. Así, rectificadas, embellecidas y ennoblecidas, se sentirá la Tierra gozosa con nuevos valles y praderas, mimada por numerosos afluentes, rica en perspectivas, grata a la permanencia y deleite de los habitantes acuarianos.

Y será sin duda visitada por humanidades espaciales. Unas nos enseñarán. A otras enseñaremos. Los nuevos inventos científicos harán asequibles tales in-

tercambios como si se tratara de injertos biológicos que lo mismo interesarán al elemento humano que al de los otros reinos.

¡Qué distinto será el concepto de la edificación en la era que amanece! Grandes cortes rocosos se aprovecharán, perforándolos y ahondándolos realizando en su seno, que ofrecerá a menudo extrañas sorpresas, grandiosos, originales edificios, viviendas rupestres a las que se adicionarán con ritmo tectónico y especial concepto de la elegancia, de acuerdo con otros cánones cósmicos, edificaciones externas complementarias de acuerdo con su propia morfología, resultando de todo ello perspectivas de belleza ahora inimaginadas y que, unidas a una especie de milagro científico de aclimatación de la atmósfera por medios atómicos espaciales y subterráneos, salpicarán la tierra de acogedores centros de vida, amados por los hombres, admirados y propicios a las comunidades futuras. Entonces la competencia se habrá convertido en espíritu de cooperación, la abundancia compartida en generosidad y sosiego, la reducción de los períodos de trabajo en estímulos de autoformación a base de estimuladores centros de cultura.

La nueva arquitectura que interesará a la faz completa de nuestro planeta y que podríamos denominar geotectura u orbiteutura, será realizada con el poder de la energía superatómica.

Un sentido de mayor alcance de la proporción y de la belleza, unido a una cultivada capacidad creadora, conjuntarán arte y ciencia, filosofía y ética, investigación de los poderes y facultades superiores del hombre y de los medios terrestres de fuente inédita. Explosiones inmensas, curiosamente reguladas a manera de plasmaciones a gran escala, harán posible trabajos enormes de perforación en esguince o en horizontalidad, de acuerdo con los requerimientos de los parajes. De esa recreación plástica resultará

la desaparición de cordilleras, que se ondulen picos, que se fertilicen desiertos, que broten campos y frondosas arboledas en tierras secas, ya enternecidas por surgentes manantiales o ríos derivados o nuevos lagos.

Mediante exámenes y experimentaciones audiovisuales realizadas merced a aparatos de captación a distancia y en profundidad, se logrará el firme conocimiento a través del cual será posible la explotación de los subsuelos, los descubrimientos arqueológicos, las riquezas enterradas que aflorarán.

Y de las zonas rectificadas y explotadas, surgirán inéditos paisajes, fachadas naturales y recreadas, aprovechamientos de originales estructuras, estratos y morfologías maravillosas, colores, formas, ámbitos enormes, palacios, edificios comunales, incomparables templos y universidades, depósitos ignorados de riquezas fabulosas, minas, joyas, ciudades soterradas, símbolos y representaciones cuyo estudio abrirá dilatadas experiencias a la historia de la humanidad.

Nuevas floraciones —no olvidemos la aportación de otros mundos— aves canoras desconocidas, instrumentos delicadísimos parecidos a las antiguas arpas eólicas, traducirán en armonías audibles los elementos naturales como las brisas, y las aguas corrientes ornarán la faz del planeta.

Y sobre todo ello, sobre la alegría de la tierra renovada, columnas y esculturas acopladas, relieves y estelios a manera de libros sabios de piedra o metal, juegos maravillosos de luz y de colores, orquestas de aromas, frontones caprichosos, aleros y jardines doquiera mimando los lugares, exornarán los nuevos parajes habitables.

La obra, en fin, de los futuros arquitectos será un arte nuevo, de envergadura cósmica, colaborado de activos de la Naturaleza revivida que, al pulir

cantos hoscos y geologías duras, recrearán la tierra agradecida. Esos grandes artistas acuarianos, creadores y meditativos, inspirados por altos poderes vigilantes, transformarán el mundo de tal manera, que más parecerá un paraíso que una cárcel como ahora.

Sin embargo, una de las más importantes cosas a considerar por las sociedades acuarianas, básica característica de la Nueva Era, será el perfeccionamiento integral del individuo desde sus orígenes. Y trascendida la enorme crisis física y psíquica del traspaso, se procurará su regeneración y su salud completa.

A tal fin la salubridad de los parajes aumentará a base de la aplicación de nuevos métodos de revitalizar y purificar el aire y la tierra. El magnetismo terrestre aumentará en grado sumo y los crecientes medios biológicos se pondrán al servicio de la eficaz nutrición completa —no sólo alimenticia— a los que contribuirán el gran aprovechamiento de los rayos solares, las radiaciones telúricas y la energía universal.

Todo ello aumentará sobremanera las potencialidades del ser y hará los cuerpos más puros y más bellos, las mentes más lúcidas, el idealismo rico en compensaciones y en logros individuales.

En la Nueva Era ese ideal cobrará vigencias insospechadas. La sensibilidad positivizada y enriquecida, otorgará captaciones de dictados superiores capaces de completar la vida del hombre y del mundo en forma ahora inimaginada. Los sentimientos se refinarán, las maneras serán más corteses, las leyes más leves porque cada hombre y cada mujer serán códigos vivientes de moral auténtica, alejada de coerciones y de dictados. Así, cada individuo venido al mundo formulará libremente sus directrices internas y externas sin dañar a la colectividad, sino al contrario enriqueciéndola.

La Era de Acuario será, en suma, la era del idealismo no exento de sentido práctico de la utilidad y conveniencia máximas. Fábricas y talleres se simplificarán de tal manera, así como los servicios domésticos, que un nuevo sentido de la recreación lo será de solaz y comodidad. Se habrán resuelto felizmente las ataduras rutinarias de la vida familiar en diversas formas como simplificar la cocina substituyéndola por centros de alimentación y distribución subterránea mediante ascensores, con ramificaciones a todos los domicilios, o a base de cocinas ambulantes con platos sencillos, substanciosos, compatibles, bien condimentados y de alta calidad nutritiva. Esto, unido a un proceso general de revitalización de todos los productos naturales, especialmente las frutas y las verduras, colmarán ópticamente las necesidades de todos, aunque los medios principales se allegarán mediante curiosos procedimientos, del éter cósmico, el gran productor de energía.

El cultivo de la gimnasia integral, de la respiración vital, unido a ejercicios y trabajos al aire libre, los nuevos medios transformadores de la vitalidad y del calor solar, las radiaciones así telúricas como planetarias, la explotación de ciertos productos del mar, contribuirán a que, con menor cantidad material de alimentos se hallen los cuerpos más nutridos y saludables.

Ese jardín dilatado y esplendoroso que será el mundo en la nueva Era, lucirá flores y plantas múltiples de origen actualmente ignorado, de procedencia espacial muchos de ellos, que brindarán perfumes, colores, formas maravillosas y frutas exquisitas antes jamás gustadas. Por otra parte, el descubrimiento de ciertas propiedades específicas, de zonas balsámicas, de extraños manatiales, de influjos astroactivos, beneficiarán ya no sólo al físico de los

habitantes acuarianos de nuestro planeta, sino sus potencialidades volitivas.

Entonces los aparatos transmisores audiovisuales se habrán utilizado de tal modo que su captación podrá alcanzar, en formas no sospechadas, emisiones de otros mundos, mensajes interplanetarios. A tal nivel, la ciencia futura proporcionará medios inéditos de cultura superior para la que se habrán derribado numerosas vallas.

Toda la vida material y espiritual se hallará vívidamente regulada por los fenómenos solares, lunares y planetarios. La existencia cobrará entonces nuevas significaciones debido a esos enlaces con el Universo, ya que uno de los logros más maravillosos de la Nueva Era será el cúmulo de experiencias y enriquecimientos allegados mediante la intercomunicación espacial, cuando la Tierra, nuestra morada planetaria, logre alcance y conexión biológica con los luminares y planetas de nuestro sistema. La Luna, entonces, no será solamente estación de enlace con los otros mundos, sino transmisora magnética de la Tierra, su medio de enlace con el Universo tal como la consideraban los antiguos egipcios.

El sentido acuariano de la amistad, la discriminación de la ley de afinidad entre las almas habrá de contribuir en gran medida a la eclosión del ciclo que ahora amanece y los medios contributivos a la felicidad, a la belleza y a la alegría de vivir serán sus corolarios, ya que la alegría será norma en todos los seres.

Motivo pleno de matices amistosos será el acrecentamiento del amor puro entre las almas. Amor electivo, constituirá un venero insospechado de cualidades ahora ensombrecidas, de acrecentamientos y potencialidades que ahora no se nos alcanzan.

Hasta ahora se ha considerado la utopía como un sueño irrealizable. Pero el signo amaneciente tendrá

por divisa la realización de las más extraordinarias utopías imaginadas. Pregonar el influjo de la undécima masa cósmica del zodíaco, la correspondencia íntima entre lo soñado y lo vivido, las enormes reservas que posee el signo y su planeta regente para el realizamiento de la humanidad.

¿Y si avanzáramos que el mundo, bajo el potencial del ánfora derramada del Aguador Celeste, apagará toda sed de perfección como un bautizo celeste abriendo una Era de unidad, colaboración y armonía de la Tierra dentro del concierto de los mundos? ¿Y si sugeriéramos, como consecuencia de la interacción entre los planetas habitados, un intercambio de gérmenes raciales y de modalidades ignotas de vida, facetas civilizadoras cuyo vislumbre no podríamos ni siquiera sospechar en la actualidad? ¿Y si habláramos de claves de lenguas universales, de intercambios y misivas, de envíos telepáticos y de mil posibilidades de traducción de la luz y del sonido, medios transmisores de lecciones y colaboraciones mutuas?

Si de la interpretación del signo y morada celeste acuarianos pasamos al símbolo del signo y casa complementarios, echaremos de ver en la casa quinta, morada del Sol, la comunión del cielo con la Tierra, el gozo irradiado en todo logro, en toda consecución de alto orden, la anulación de la muerte como la consideramos ahora, ya que se habrá derribado la barrera física que nos parece insuperable y definitiva. Un enlace más íntimo entre las almas amadas será posible, posean o no cuerpo material y ese logro allegará fuentes de conocimiento y de satisfacción mucho más allá de nuestras posibilidades actuales. Al trascender la conciencia otros planos de vida, se patentizará cuanto pueden ayudarnos nuestros muertos y cuanto les podemos ayudar. Esa realidad nos hará más responsables, más completos.

Llegará día y no por cierto muy lejano, en que el acoplamiento biológico al medio se realizará en forma natural y justa; facultades y anhelos de cada ser nacido hallarán mejor cauce ya que se habrán superado las causas de todo malestar, del desasosiego en que vivimos. No existirán, en fin, los hacinaamientos humanos de las actuales urbes, los ambientes contaminados, las atmósferas privadas de oxígeno y de vitalidad, los regímenes falsos, los vicios consentidos, los sistemas de vida antinaturales, la suciedad anímica y contagiosa, la política del interés personal y de medios reprobables, el trabajo rutinario y excesivo, las deficiencias y torceduras de mil calibres.

La anulación definitiva de las clases sociales dará curso, una vez trascendida la primera etapa de confusión, de predominio del estandardismo y de lo gris mediante una cultura integral y armónica basada en hitos espirituales, a una nueva aristocracia de las almas, a una selección pionera que encarnará totalmente los ideales del nuevo signo y que servirá de ejemplo viviente a toda la humanidad, a semejanza de aquella que creó Pitágoras en su famosa Escuela de la Magna Grecia, a principios del ciclo anterior, para que sirviera de injerto, de estímulo y de crecimiento al pueblo griego. Pensemos siempre que una economía superior encauza por sus auténticas verdades la evolución humana para el logro de sus más óptimos resultados.

Al cundir con las nuevas generaciones el mencionado tipo integral acuario y al efectuar la requerida selección a la que la nueva pedagogía ambiental dará paso, se presentarán muchas cosas que ahora tenemos por misterios ya que la conciencia individual, al sintonizarse con el alma del mundo y las altas esferas estelares, percibirá un potencial indecriptible de poderes y de ideas nuevas.

Lo que importa desde ahora es hacer lo más leve posible la crisis del traspaso; que seamos conscientes del proceso y actuemos en adelante en consonancia con la ley del nuevo signo, sabedores de las formas en que se desenvolverá el mundo amaneciente poblado por una humanidad bella y superdotada, sensible e impuesta del ideal acuario de la Nueva Era.

Así colaboraremos con los Padres espirituales del ciclo que comienza contactando nuestra alma con la conciencia universal que dirige la evolución del mundo y de las humanidades.

ÍNDICE

Prólogo y Justificación	7
I EL GRAN RELOJ DE LA HISTORIA	15
La Precesión de los Equinoccios	17
II ORÍGENES DE NUESTRA ACTUAL RUEDA CÍCLICA	23
La tradición nos viene de la Atlántida	25
III LOS SIETE RETOÑOS KEMITA-ATLANTES	31
Las civilizaciones mediterráneas	33
IV CÁNCER-CAPRICORNIO Y GÉMINIS-SAGITARIO ...	37
Signos iniciales de Dinastías Divinas	39
V TAURO Y ESCORPIO	51
Esplendor de Egipto	53
VI ARIES-LIBRA	59
Misión de Israel - Revolución en el país del Nilo - Amanecer de Grecia - Albores de la ci- vilización occidental	61
VII PISCIS-VIRGO	69
Pitagorismo - Budismo - Cristianismo - Alejan- dría: Oriente-Occidente	71
VIII ACUARIO, EL SIGNO NACIENTE	77
La "Rasgadura del Velo" o la Crisis del tras- paso cíclico - Una nueva Primavera del Mundo ..	79
IX LEO, EL TRONO DEL SOL	87
El Corazón del Universo vuelve a latir	89
X VISLUMBRES DEL MUNDO EN LA NUEVA ERA ..	99

Impreso en los talleres de
B. COSTA-AMIC, EDITOR, en
calle Mesones 14, México, D. F.

Edición de 3,000 ejemplares

Noviembre de 1965

EN LA MISMA EDITORIAL

- DIORAMA DE LOS MEXICANOS,
Dr. Jorge Segura Millán.
- LA URSS Y EL FUTURO, Leonard
Schapiro.
- MEXICO BARBARO, John Kenneth
Turner.
- MEMORIAS DE UN REPORTERO,
Roberto Blanco Moheno.
- PSICOANALISIS DE LA DINAMI-
CA DE UN PUEBLO (México,
tierra de hombres), Aniceto Ara-
moni.
- OPULENCIA Y MISERIA EN EL
SIGLO XX, Drs. Jan Groot y
Eduardo Yglesias.
- GUERRA SOCIAL EN YUCATAN,
Ramón Berzunza Pinto.
- LA ESPAÑA QUE CONQUISTO
AL MUNDO, Rodolfo Puiggrós.
- ORIGENES DE LA FILOSOFIA,
Rodolfo Puiggrós.
- CERVANTES EN SU TIEMPO, EN
SU PATRIA Y EN SU OBRA
UNIVERSAL, A. F. Oruesagasti
Gallástegui.
- PERROS NOCTIVAGOS, Luis Mon-
cada Ivar.
- EL PASO DEL LOBO (novela), Ma-
ría Yolósóchil.
- EL PICAFLOR (novela), 2da. edi-
ción, Arqueles Vela.
- SIMBOLOS Y NUMEROS, Francis-
co L. Urquiza.
- SUCEDIO EN PRIMAVERA Y
UNA FRANCESITA EN MEXI-
CO (2 novelas cortas), Mariano
G. Somonte.
- HISTORIA DE LA REVOLUCION
MEXICANA (5ª edición), José
Mancisidor.
- JUAREZ ANTE DIOS Y ANTE LOS
HOMBRES (4ª edición), Roberto
Blanco Moheno.
- LA CIUDADELA QUEDO ATRAS,
Francisco L. Uquiza.
- LOS SUMERGIDOS, Víctor Alba.
- ASPECTOS SOCIOLOGICOS DE
NUESTRO TIEMPO, Carlos A.
Echánove Trujillo.
- SOLO ANTE EL MUNDO (nove-
la), Rosa Menasanch